Luis Irin.

EL GOLPE EN VAGO.

EL GOLPE EN VAGO.

CUENTO

de la 18.va centuria

POR

D. JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.

Y si, lector, digerdes ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

Juan de Castellanos, elegias y elogios, etc.
CANTO 1.°, OCT. 3.ª

TOMO III.

Madrid.
Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

26482

EL GOLPE EN VAGO.

CAPITULO PRIMERO.

Honraban esta cuadra
En cada esquina que por ella cuadra,
Muchos bellos pinceles
Milagrosas pinturas del de Apeles;
Cuyo rico dibujo
El padre Ignacio de Valencia trujo.

Dr. don Juan Salinas de Castro,
segun le cita Gallardo.

Un espacioso salon cuadrado se presenta á nuestra vista. Era de noche. Las paredes cubiertas de estantes de libros, llenos de volúmenes, cuyo tomo indicaba fuesen de historia, astrología ó polémica religiosa. Entre otras pinturas se descubria la de un antiguo lienzo colgado en la testera de la sala con la imágen de san Ignacio de Loyola, saliendo de un fondo oscuro y mirando con áspera espresion á la puerta de enfrente. Seis velas de cera

derramaban su luz desde una araña en todos estos objetos. Al rededor de una grande mesa estaban varios robustos y pesados sillones con los asientos de cuero negro tachonados á la madera. Ocultaban el suelo una estera de juncos, y la mesa muchos papeles, escribanías, libros, botellas y vasos. De una pequeña puerta lateral escondida bajo un estante de libros imitados salió un hombre, se acercó muy pausada y silenciosamente á la mesa, puso el cuerpo en una de las sillas, el codo sobre el brazo de ella, la megilla sobre la mano, y la vista en la entallada techumbre, como si se entregase á importantes meditaciones. La bien proporcionada estatura del contemplador estaba cubierta de un manto negro. La placidez de su semblante y simétricas facciones no parecia hija del desaliño ó del descuido, sino de la victoria continua del ingenio y esperiencia mundanas sobre la fragilidad de los hombres. Su frente espaciosa y despejada no solo daban indicios de profunda erudicion y doctrina, sino de aquellas

dotes innatas que suelen dar al hombre poder sobre el hombre, dominio al ambicioso sobre todos sus semejantes. No brillaba en su audaz fisonomía el altivo espíritu que enseña al guerrero á dormitar y sonreirse al rugir de los cañones; nacia su audacia antes de la astucia que del valor, aunque tampoco manifestaban sus facciones el menor signo de cobardía. Continuó este personage en su posicion primitiva algunos minutos sin variarla ni aun despues de la silenciosa aparicion de otro sugeto que por la misma se introdujo en este salon literario.

La edad habia blanqueado la cabeza del segundo alquimista, pues ambos tenian por oficio reducir á oro los metales. Era el recien entrado enjuto de carnes, cano, como ya se ha dicho, y demesurado paso y continente. Distinguía su nariz, bastante espaciosa y encorvada, un formidable par de anteojos. Saludó con un movimiento de cabeza al que entró antes, como concediéndole cierta superioridad, y éste le hizo con la mano una ligera

seña para que se sentase. Asi lo hizo el segundo, y ambos quedaron en profundo silencio.

— No es, dijo despues de algun tiempo el primer necromántico, á quien llamaremos Pedro Facundo, para tratar negocios de grande importancia para lo que ahora os necesito. Mi consulta empero no carece de interes entre las de segundo orden. Hay en Sevilla una jóven cuya suerte está relacionada por graves circunstancias con los intereses de nuestra sociedad secreta y con los de una persona que nos es muy querida. Una señora marquesa, á quien vos, Pedro Gonzaga, conoceis, desea por motivos fáciles de adivinar en una muger de sus años y pasiones, acoger bajo su proteccion á la dicha jovencíta. Ésta, segun parece, tiene un amante cuyo buen esterior inspiró á la marquesa el deseo de cortar semejantes amores á causa de la disparidad de la sangre, ó de alguna otra razon no menos poderosa. Para efectuar la traslacion de esta muchacha me ha pedido la marquesa au-

silio. ¿Hemos nosotros de poner nuestro crédito en peligro por satisfacer el vano capricho de la marquesa? Hé aqui la cuestion. Escuchad mis ideas sobre el particular. Si por medio de un astuto plan, ó bien á la fuerza, nos apoderamos de esa jóven y se le entrega á su pretendida protectora, ¿qué seguridad nos queda de la gratitud de la marquesa? ¿No podrá olvidarse de este importante servicio, ahora que mas que nunca necesitamos de su favor é influencia para todos nuestros proyectos? Si rehusamos satisfacer sus deseos, podrá tal vez incomodada separarse de nuestra liga; pues segun he observado, tiene puesto el corazon en apoderarse, ignoro por qué, ni para qué, de esta muchacha. La desercion de la marquesa, tan perjudicial para nosotros, ni es probable, ni imposible. ¿Qué línea de conducta os parece que debemos adoptar?

Cerró los ojos bajo sus espejuelos el Pedro Gonzaga, inclinó la cabeza, y algunos momentos despues preguntó con frialdad:

—¿No podremos apoderarnos de la jóven nosotros mismos?

—¿Con qué fin? dijo Pedro Facundo.

—Para capitular despues ventajosamente con la marquesa antes de entregársela.

—Aun no sé yo el nombre ni la residencia de la muchacha, dijo el primer alquimista.

—Pero no será dificil, contestó el de los anteojos, deslumbrar á la marquesa. ¿Qué promesas le habeis hecho?

—Complacerla en su demanda.

—Pues confiad entonces el cuidado de burlar á su señoría á nuestro ingenioso Nicasio Pistaccio. Se presentará como vuestro dependiente y coadjutor. Vencerá las dificultades que ocurran al acometer la empresa, y nos entregará á nosotros la muchacha. La culpabilidad del hecho la haremos recaer en caso necesario sobre el mismo Pistaccio. Pero antes de continuar querria saber si da la marquesa suficiente importancia á este capricho para

comprometer en nuestro favor toda su influencia en caso de conseguirlo por nuestro medio.

—¿Quién puede sondar el pecho de una muger? A juzgar por la intensidad de sus pasiones; por lo que dijo respecto á la muchacha y á su amante; y mas que todo, á juzgar por sus repetidas aseveraciones de que le era el asunto muy indiferente, concluiria yo que está determinada á dirigir el destino de la muchacha, aun cuando tuviese para ello que sacrificar toda su fortuna.

Pedro Gonzaga se retiró por algunos instantes, y preguntó á su vuelta: —¿Se han de comenzar desde luego las operaciones?

—Inmediatamente, replicó Pedro Facundo.

—Nicasio Pistaccio, continuó el de los anteojos, se habia retirado á descansar por la primer vez en toda la semana. No tardará en venir aqui.

Despues de otra silenciosa pausa se apareció en la biblioteca un caballero jó-

ven frotándose los ojos con la mano cual si acabase de despertar. Su presencia era por estremo halagüeña; el talle y rostro de los mas bellos; rubio el cabello; blanco y sonrosado; y el trage, aunque descuidadamente puesto, de elegante corte y ricas sedas, y terciopelos negros bordados de plata. Si un solo átomo mas de dignidad hubiera honrado el rostro de este mancebo, nadie dudara que sería de sangre y cuna patricia, y habria podido servir de modelo á la mas ilustre juventud. — *Servitore umilísimo delle sue eccellenze*, dijo Pistaccio al entrar, acomodándose en uno de los sillones de cuero. Pedro Facundo le esplicó sin apología ni velo la naturaleza del servicio á que se le llamaba. — ¿Qué hora es? preguntó Pistaccio ya del todo despierto.

— Las nueve y media, contestó Pedro Gonzaga, volviendo al bolsillo un reloj de cobre que hubiera podido servir en el campanario de una ermita, ó de caldera de rancho la caja esterior, segun sus dimensiones.

— Pues todavía hay tiempo, replicó Pistaccio, saliendo sin ceremonia del cuarto.

— Ocupémonos ahora, dijo Pedro Facundo, de otros negocios de mayor peso. Y asi diciendo, desató un grande legajo de mapas, cartas y papeles, que ambos compañeros examinaban en silencio, tomando notas y comparando unos con otros.

Dos horas habrian pasado, cuando volvió Pistaccio muy satisfecho al parecer, y diciendo en italiano que se consideraria indigno del patrocinio y favor de sus excelencias si no los complacia pronta y plenamente. Habia obtenido de la marquesa señas exactas relativas á la muchacha. Sabiendo ya dónde vivia, continuó Pistaccio: — Como no es posible que siempre esté en casa, yo haré en su ausencia por informarme de mas particularidades, suponiéndome amante, hermano, primo ú otra cosa con la gente de la casa, pues ella está en Sevilla de huéspeda, sola, y sin pariente alguno en

la ciudad. La marquesa me presta su coche; le tengo junto á la casa, y espero que saldrán bien las cosas. En caso de desgracia, ningun compromiso habrá para sus señorías. Este plan se discutió y aceptó por los dos alquimistas, quienes, lo mismo que Pistaccio, se retiraron á descansar.

Puede que aun se tenga presente la visita de Isabel á Cárlos en la cárcel. La repitió al otro dia, se la detuvo mucho tiempo en la puerta, y al fin no se le permitió entrar. Volvió desanimada y triste á su casa, y halló fuera al ama. Un muchacho, nieto de ésta, abrió la puerta, y era por el momento el solo compañero de Isabel. Se retiró á su cuarto nuestra heroina, abrió una pequeña maleta que del pueblo habia traido, y se puso á buscar en ella el remedio de los amantes, á saber, las cartas que del suyo teñia. Fue vano su escrutinio. Examinó mil veces la balija, y cosa por cosa cuanto habia dentro, mas no pudo hallar un paquete de billetes de Cárlos y algunos borradores

suyos. Se puso á llorar afligidísima en su cuarto, pensando que no habria infortunio que no le estuviese destinado. ¡Haber perdido las solas reliquias que del afecto de Cárlos le quedaban!

En medio de esta angustia, subió el ama de la casa, la señora Chinchorra, á decirle que ya estaba puesta la cena. Isabel le preguntó si habia visto por acaso un pequeño legajo de papeles.

—¡Dios nos bendiga! contestó la señora Chinchorra. ¿Si lo hubiera visto, no se le hubiera ya dado? Yo no sé leer. ¿Para qué me sirven á mí libros ni papeles? Tanto valdria que me preguntara usted si habia visto espadas y pistolas. ¿Tenia usted los papeles antes de salir de su pueblo? ¿No se le habrán perdido por el camino?

—Yo misma los puse en la maleta en Aznarcollar.

—¡Dios nos bendiga y santa Ursula! Por esos caminos de Dios se habrán quedado; que en mi casa, ¿cómo habia de perderse nada? Vamos á cenar, niña; la

mesa está puesta; luego los buscaremos. Isabel dijo que se hallaba algo indispuesta, y deseaba permanecer en su cuarto.

Mas de una vez se acusó á sí misma en aquella fatigosa noche por sus sospechas de la fidelidad de la señora Chinchorra, y aunque exonerándola de toda culpa en la pérdida de unos papeles que ni á ella ni á nadie podian ser útiles, cambió sin embargo de morada al otro dia, y fue luego á la cárcel para pedir le permitiesen hablar con Cárlos. Negada esta gracia, desamparada, y sin parientes ni amigos que la consolasen, sufria Isabel su soledad y quebrantos en medio de una ciudad populosa.

Una mañana recibió, con grande sorpresa y mayor gozo, un billete que le enviaba Cárlos por medio de un caballero, pidiéndole se presentase con el dador, íntimo amigo suyo, en casa del magistrado de Bruna. — Su presencia de usted, señorita, es necesaria, dijo el mensagero, para declarar como testigo en la causa de mi amigo Cárlos. Su de-

claracion de usted sola bastará para probar su inocencia. Isabel condescendió sin tardanza ni sospecha en lo que su Cárlos le pedia, y asi cayó en poder de la sociedad secreta de los alquimistas.

Nicasio Pistaccio, perpetrador de esta maldad, era uno de los mas precoces pícaros que los anales de la intriga recuerdan. A otros muchos peligrosos talentos unia el de imitar con perfeccion toda clase de letras. Esta habilidad le causó su espulsion de Italia cuando apenas habia cumplido quince años. Vino á España, y no tardó en dar tales pruebas de ingenio, que le recibieron los alquimistas entre ellos. Se aprovechó Pistaccio de la ausencia de Isabel; halló fácilmente medios de hacer tambien salir á la calle á la señora Chinchorra; entró en la casa; tuvo al muchacho entretenido en el patio mientras abrió la maleta de Isabel, y sacó los papeles que en ella habia. Estos le sirvieron de pauta para escribir á Cárlos la falsa carta que recibió en la cárcel, y á Isabel la que la

persuadió á entrar en el coche de la marquesa del E.

No le llamaremos amor, por no profanar este nombre, á la pasion ó capricho que inspiró su estraña conducta á la marquesa. Causó, empero, Cárlos en su pecho impresion demasiado tierna y profunda para que su señoría la olvidase fácilmente. Salió del calabozo muy ufana, despues de la visita de que ya hemos hablado, confiada en cautivar por medio del interes al caballero, y en conservar su afecto por medio de la gratitud. Llena de las mejores intenciones hácia Cárlos, preguntó en la cárcel quién habia estado á verlo, y oyó con poquísima alegría que nadie mas que una señorita. Le dió algunas piezas de oro al carcelero, y le mandó, bajo pena de su mas rencorosa enemistad, que no volviese nunca á admitir á aquella niña. Desde aquel punto resolvió firmemente separar á los dos amantes. Compadeciendo sin embargo á la muchacha, determinó recompensarla por aquella pérdida de un

modo correspondiente á su mucha opulencia. Mientras la marquesa contemplaba rápidamente estos recien nacidos planes de equidad, se le ocurrió un feliz pensamiento. — Tal vez no son amantes, dijo para sí, y puede que sea esa muger su madre, amiga ó hermana. ¿Qué especie de persona es esa, de qué edad? le preguntó al obeso carcelero. Nuestro comilon elogió primero la elegancia y sencillez de su vestido, luego la afabilidad de sus modales, y la pronunció al fin cabal y encantadora hermosura. Una pintura prolija de todos los demonios, monstruos y vestiglos con que representan los alemanes la tentacion de san Anton, mas de todos los diablos que Dante y Milton imaginaron, no habria plantado en el seno de la marquesa la semilla de tanto ódio como nació en él al instante contra su desconocida rival, y mas cuando añadió el carcelero: — Un angel del cielo, señora, ¿á qué platicar? Un serafin.

La marquesa dejó en la cárcel á un

page suyo para que se enterase del domicilio y espiase los movimientos de Isabel, si por acaso volvia á la cárcel. Tambien pidió á Pistaccio escribiese las cartas falsas que dictó ella misma, con la esperanza de apoderarse de su rival, y con la determinacion de hacer en adelante frecuentes visitas á Cárlos. El dia en que se llevaron á efecto las maquinaciones contra Isabel, la salida de Cárlos de la cárcel marchitó sus esperanzas, dejándole el remordimiento de un crímen infructuoso. Tampoco se hallaba inclinada á olvidar de modo alguno la conducta de los alquimistas, cuyo ausilio y préstamo de Pistaccio habia desgraciadamente implorado.

CAPITULO II.

Preguntéle quién era, y díjome: La muerte. ¿La muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué al corazon algun aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije: ¿Pues á qué vienes? Por tí, dijo. ¡Jesus mil veces! Muérome segun eso. No te mueres, dijo ella: vivo has de venir conmigo á hacer una visita á los difuntos.

Quevedo.

—¡Y es esta la célebre capital, la ciudad antigua del amor y la caballería, tan famosa en nuestras leyendas! esclamó Cárlos al entrar por los ruinosos arrabales de Córdoba. Se iba oscureciendo sobre la ciudad el crepúsculo de la noche, cuando llegó nuestro mancebo á sus puertas. Hay momentos en la vida que parecen marcados para la melancolía por la mano del destino; y estos han de pasarse en tristeza, aunque fuera entre el gozoso cortejo de un banquete soberano. Deprimido su ánimo por una es-

pecie de desaliento de este género, continuó nuestro héroe caminando hácia una iglesia, adonde le guiaban las campanas. Se felicitó de su comparativa seguridad, y quiso como cristiano dar á Dios las debidas gracias. La noble estructura de la catedral, coronada por mas de mil años de almenas moriscas, y recibiendo el homenage del Guadalquivir, que humilde y silencioso fluye inmediato á ella, se presentó á su vista. La quietud de aquella hora, interrumpida á veces por alguna campanada de doble, el suave y casi estinto resplandor del crepúsculo, la disposicion de su fantasía, las asociaciones que la magestuosa soledad del templo le inspiraban, todo parecia contribuir al aumento de su destemplanza de espíritu. Entró en la iglesia. Algunas lámparas vertian su trémula luz al traves de las mil columnas que sustentan su techumbre y forman sus naves.

Cárlos se postró, y ofreció al Altísimo las silenciosas efusiones de un corazon agradecido. Pareció que se aligeraba el

peso que le oprimia, y quiso dilatar el placer inefable de la oracion. Al levantarse para salir de la iglesia oyó hácia otra parte del edificio algunas notas de música sagrada. Ya para entonces hacia mucho tiempo que habia cerrado la noche. Algunas lámparas, suspendidas de trecho en trecho, iluminaban débilmente á traves de las estendidas y entrecortadas sombras de las columnas; otras partes del templo estaban en completa oscuridad. A pocos pasos empezó á oir mas distintamente la música y voz de los sacerdotes, cantando en solemnes notas el oficio de los muertos. Siguió las voces, y de repente lo deslumbró el resplandor de infinitas luces que de una capilla salia. Debajo de un dosel de negro terciopelo con flecos de oro vió la imágen de la crucifixion, representada con penosa fidelidad por J. M. Montañés. El agudo dolor de la naturaleza al perder el cuerpo la vida vibraba aun en los medio cerrados párpados; la agonía de los lacerados miembros hinchaba las venas co-

mo si quisiese romperlas; un raudal de sangre fluía del costado que penetrara la lanza del Centurion, mientras la herida, fria ya y exasperada por el aire, le hacia retorcer el cuerpo en violentas curvas, desgarrándose al moverse la redentora mano. La postrimera angustia agitaba aun el trémulo y sediento labio, que invocaba del Padre el perdon de sus enemigos. El polvo de los años descansaba sobre la divina cabeza. Desde el altar á la parte opuesta de la capilla corrian dos líneas de blandones, y estaba entre ellas un ataud cubierto de terciopelo negro. Cuarenta sacerdotes de sobrepelliz rodeaban el cuerpo con otras tantas velas en las manos, y solo una persona envuelta en un manto negro estaba dentro de la capilla, como pariente ó amigo del difunto. Le pareció á Cárlos estraño que una persona tan principal como parecia ser aquella por la que el servicio funeral se ejecutaba, no tuviese mas amigos que le acompañasen al sepulcro. Todo este tiempo le devora-

ba una agitacion interior que no podia reprimir. Imaginó dos ó tres veces que eran por él las exequias, y que habia oido su propio nombre en boca de los clérigos que oficiaban. Una reja de hierro le impedia entrar en la capilla. Se le turbó la vista, y perdió casi del todo el conocimiento. Pasó á la sazon junto á él un corista que venia hácia la capilla, y le preguntó cúyo era aquel funeral. — De don Cárlos Garci-Fernandez, contestó el niño, y desapareció. Cuando se recobró el caballero de la impresion profunda que aquellas palabras le causaron, todo se habia desvanecido. Las luces de los clérigos se veían cruzándose desde lejos por entre las columnas y naves de la iglesia, y á los pocos minutos desaparecieron, y quedó el templo en la primitiva oscuridad y silencio.

Seguia Cárlos apoyado en la reja de hierro, y poseido de una especie de letargo, cuando le pasó rápidamente por junto la imágen de aquel solitario doliente, que envuelto en un manto negro ob-

servó antes en la capilla. Una reminiscencia lejana hirió su ánimo, y siguió precipitadamente los pasos y gemidos, y la ondulante capa de aquella sombra fugitiva, á traves de las columnas. El guia alígero de Cárlos atravesó la iglesia, las calles y la ciudad con rapidez inconcebible. Llegó á los campos sombríos y silenciosos. La luna no los alumbraba aquella noche. Atravesando en soledad y tinieblas los prados y caminos, se dirigió hácia una débil luz que empezaba á descubrirse en el horizonte. Cárlos le seguia sin intermision. Ardía la luz en un rústico altar de piedra erigido al lado del camino. El amor llevaba con frecuencia al huérfano y la viuda por entre los terrores de la noche á orar en estas aras del desierto, y á llenar su lámpara por bien espiritual del padre ó del esposo á quien lloraban. Cárlos vió aquel desdichado arrodillarse ante la cruz, y romper en amargos sollozos y lágrimas. Compadeció, pero respetó desde lejos los fueros sagrados del dolor. Un momento des-

pues cayó el doliente en tierra sin movimiento. Cárlos corrió á su ayuda, y le roció la cara con agua de su cantimplora. Volvió en sí el estrangero. —Madre de misericordia, compadeceos de mí, fueron sus primeras palabras. La voz empero penetró el corazon de Cárlos, y la sangre parecia helarse en sus venas. La primer sílaba le reveló todo el secreto. Alberto era el que hablaba. —¿Adónde está mi padre? preguntó Cárlos con ahogada y dolorida voz. ¿Su cuerpo es el que acaba de bajar á la tierra?...

Alberto abrazó al caballero, y sus lágrimas y silencio confirmaron las malhadadas nuevas. Ambos se sentaron al pie del altar y dieron pleno desahogo á su dolor. Ya habia pasado la media noche cuando pudieron emprender su vuelta á la ciudad.

Entraron en un apartamento lleno de signos de la reciente tribulacion. Aun se veían junto á la pared el lecho, las sábanas medio caidas, en que por la última vez habia sufrido y descansado el

anciano. El crucifijo, el hisopo... Cárlos miraba estos objetos con ojo fijo y vacío, prorumpió en una risa histérica, y cayó al suelo sin sentido. Cuando los ausilios cuidadosos de Alberto le volvieron en sí, pidió á su amigo con trémulo labio le refiriese aquella terrible historia.

— Tan pronto como supimos en Aznarcollar, dijo Alberto entre sollozos, que habias sido preso, y que no habia muerto tu adversario, se empeñó tu maestro don Juan Melendez de Valdecañas para que me pusieran en libertad. Le dió despues cartas á tu padre, Dios le tenga en el cielo, para algunos amigos suyos de los principales cortesanos. — Aunque de los hombres que viven en las cortes no hay que esperar desinteres ni bondad pura, decia el buen sacerdote, tal vez querrán hablar al rey en favor de Cárlos, y los persuadirá la elocuencia de un padre que pide por su hijo. — Asi nos dijo el señor cura, y tu pobre padre y yo emprendimos en mal hora nuestro viaje. Aunque el pobrecito no

gozaba de buena salud, llevó con resignacion los trabajos de la marcha, esperando volver pronto á Sevilla con el perdon de S. M., ir á la cárcel, y quitarte con su propia mano los hierros. Dios lo habia decretado de otro modo en su sabiduría infinita. El dia de nuestra llegada á Córdoba le acometió una calentura, y á pesar del ausilio de los mejores facultativos de la ciudad, aumentaba su mal por momentos. Hace tres noches que me llamó junto á su lecho, me abrazó con nerviosa fuerza, y me dijo con lágrimas: — Si alguna vez vieres á Cárlos, dale mi bendicion, la última bendicion de su padre. Dile, Alberto, que siempre prefiera la virtud á la vida: ¡oh hijo mio! — Al esclamar asi se quedó desmayado. Muchos ministros del altar cercaban su cabecera, admiraban su piedad y vertian por él lágrimas. Oí tu nombre una vez mas en sus labios: á Dios pedia por tí, cuando exhaló con la oracion el alma.

Dijo Alberto. La impresion que la narrativa dejó en su amigo fue tan pro-

funda, que antes de la mañana le devoraba una fiebre y ardiente delirio. Mas de veinte dias pasó Alberto junto á la cabecera de Cárlos, de cuya vida desesperó mas de una vez. La juventud, una buena constitucion (fisica), y los incesantes esfuerzos de su fiel compañero, al fin condujeron á nuestro héroe á la mejoría y á la convalecencia.

CAPITULO III.

Despache, señor caballero, que esos hermanos van abriéndose las carnes.

Cervantes.

Nuestro valetudinario podia ya al fin de algunas semanas salir y visitar el sepulcro de su padre. La severa enfermedad que debilitó su cuerpo le dejó una plácida languidez en el ánimo. Solo hallaba felicidad en las contemplaciones religiosas. El suntuoso templo donde estaban depositadas las queridas cenizas le recibia diariamente á dar vado á los piadosos sentimientos de un corazon purificado por las calamidades. Los encantos religiosos resplandecen con mayor lustre á traves del velo de la tribulacion: la virtud, bella hermana de la religion, no es tan dulce ni consoladora en las adversidades. Sustenta, sí, la virtud bajo los

mas acerbos infortunios al héroe ó al filósofo, pero abandona con desden al flaco y al ignorante; la religion estiende su manto y acoge en su seno igualmente al mercante que lucha con las ondas; á la viuda madre de desamparadas huérfanas; al hombre decrépito presa de las enfermedades; al cautivo y al ciego; al virtuoso y al delincuente; al sabio y al estúpido; á todos acaricia y patrocina la religion cuando vuelven á ella sus ojos humedecidos por el quebranto.

Un dia que volvian Alberto y Cárlos de sus piadosos ejercicios, encontraron mucha gente que iba á una ermita no lejos de la ciudad para formar parte de una procesion de rogativa que por la lluvia se hacia. Este acto propiciatorio, que aparecerá tal vez prepostero á los hijos de Pamplona ó de Santiago, se celebró con la mayor pompa en Córdoba. La imágen del Señor de las tres Caidas iba en hombros de seis robustos sacristanes ó mochilones puestos de sobrepelliz. Otros llenaban el aire de perfumes con sus in-

censarios de plata, y cantaban rezos con que aplacar la cólera divina. Ademas de los sacerdotes, iban en doble línea cerca de doscientos hombres con los rostros cubiertos y las espaldas desnudas, y en las manos disciplinas con los ramales terminados en pelotillas de cera, y en ellas embutidos pequeños fragmentos de vidrio. Con estas se maceraban los cuerpos y regaban de sangre el camino destinado para la imágen. Algunos de los flagelantes solian ser víctimas de su devocion, y todos guardaban cama por muchos dias despues de la penitencia. Cuando los disciplinantes llegaron á la ermita entonaron la Salve á la madre Divina, cuya imágen se habia sacado á la puerta para recibir la de su hijo. Al confrontarse ambas efigies, se suscitó una disputa entre aquellos rústicos devotos de Cristo y de la Vírgen, que hubiera podido tener fatal conclusion. Hé aqui los motivos de la discordia:

Los disciplinantes mantenian que cuando una persona va á ver á otra, la pro-

pictaria de la casa debe de saludar á su visitadora, y por lo tanto, la imágen de la ermita habia de hacer la primera reverencia. Los ermitistas mantenian la opinion contraria, defendiendo que era mas cortés que el visitador reverenciase primero. Ya se sabe la templanza de un ergotista en debate, ora sea en universidades, ora sea en procesiones campestres. Los argumentadores de que hablamos vigorizaban con vino sus cuerpos y la sutileza de sus ingenios, y echaban el mismo combustible en la llama de la devocion. La combinacion de energía que de la disputa del vino y el tiempo resultaba podia conocerse á leguas en los sudorosos semblantes de ambos antagonistas. De las palabras pasaron á argumentar con las manos, y al fin apelaron á sus desmesurados garrotes. Todo fue confusion, ruido y trancazos por mas de diez minutos, cuando se apareció entre los ermitistas un campeon gigantesco, una especie de Argante, que con una tremenda porra ó clava se abrió lugar entre los beligerantes

y despaldilló á mas de uno, poniendo en fuga á todos los flagelantes. Habia la naturaleza dotado á este héroe de facultades risibles tan estupendas como los golpes de su porra. Bajó la maza al ver correr á sus contrarios, y atronó los campos con sus intempestivas carcajadas. Los eclesiásticos se aprovecharon de la inesperada tregua para convenir en que ambas imágenes se inclinasen al mismo tiempo. Restablecida la paz y acabados los ritos, se retiraron los ermitistas á beber á la salud de su imágen, y los flagelantes á continuar su martirio entre los humos de una desecha bacanal.

Los vendedores de rosquetes y licores, los que en buenas fortunas comercian, los salta en bancos, los rateros, mendigos y otros ociosos, llenaban aquellas praderías, cada uno traficando en su oficio respectivo.

Cuando vió Alberto la variedad de la asamblea no pudo ocultar su gozo. Estaba el ánimo de este mancebo dispuesto siempre á recibir sus impresiones, como los colores del fabuloso camaleon, del ma-

tiz de los objetos que le rodeaban. Lloró por sus pecados al principio de la procesion; sintió en seguida no azotarse como los penitentes; tomó parte en la tumultuosa querella de los garrotes; se alegró de verla apaciguada; y últimamente, estaba rodeado de una hueste de gitanas que escrupulosamente le examinaban las manos revelándole con contingentes futuros. Cárlos no se entregaba con tanta facilidad á sensaciones momentáneas. Habia seguido toda la tarde á su compañero, suplicándole con sus miradas se limitase á ser mero observador de aquellas escenas. Todo en vano. Alberto era Alberto, y si otra vez no nacía, era probable que permaneciese el mismo, siempre vehemente partícipe de las innumerables vicisitudes de la vida. Mientras le predecia una gitana que llegaria á ser obispo, otra cardenal, y otra almirante de la armada, se martenia Cárlos sentado en una roca, contemplando el movimiento incesante y la animacion de aquellas Sirenas. No tardaron estas mucho

en enviarle una diputacion, cuya presidenta empezó por via de proemio deseándole una esposa vieja, loca y rica. Otra le deseaba esposa que lo coronase como á un venado; y otra que le diese doce niños agenos. Cárlos recibió á las Guósides con su condescendencia habitual, y ellas agotaron sus esfuerzos y gracias para atraerlo al grupo de sus compañeras. El estudiante no daba, empero, la mas lejana idea de locomocion. Se manifestaban cada vez mas profusas, ya del todo pródigas de sus gracias; sin embargo, no se alteraba la estabilidad del estudiante. "¿Si estará su señoría encantado? esclamaban: llamad á Menfinia que le ponga su talisman y le quite el mal de ojos." Menfinia se aproximó en efecto al caballero con los movimientos mas fantásticos. Sus palabras se acordaban con sus modales, y su estraña figura con sus palabras. Viendo que no tenian efecto las gracias comunes, aplicó los labios al oido de Cárlos, y tales cosas le diria que se levantó sin resistencia el caballero, y salió ró-

deado de veinte ó treinta de aquellas magas con panderetas, rabeles, flautas y guitarras, cantando unas, bailando otras, y todas como fuera de sentido.

Llegaron á una especie de campamento formado de tiendas como las militares al pie de una colina, y como á dos millas de distancia. Tres ó cuatro herreros estaban ocupados á la puerta de otras tantas tiendas en forjar, no dardos para Júpiter, sino clavos de herraduras. Como veinte caballos éticos, doble número de mulas, y una tropa de flacos y estenuados jumentos de ambos sexos, y de todos tamaños y edades, pacían por aquellos prados bajo la salvaguardia y guia de una manada de muchachos encueros de varias tallas, y de todos los colores escepto el blanco. Muchedumbre de rugosas damas, de color moreno tirando á negro, de á mas de medio siglo por barba, con la mitad del cuerpo cubierto de andrajos y la otra mitad desnuda, se adelantaron á recibir á los estrangeros. Iba Alberto arañando las cuerdas de una

guitarra decrépita y testaruda, con tanto entusiasmo y furia música como pudiera su lira Orfeo. Cárlos fue recibido en una solitaria tienda, y honrado á la ida y entrada, con la urbanidad especial de una matrona por cuyo cuerpo habian pasado primaveras infinitas, sin dejar en él, empero, la menor señal de su verde frescura y lozanía. Iba delante de nuestro caballero columpiándose sobre dos muletas, y de cuando en cuando le disparaba una mirada aguda con el solo ojo que junto á la nariz le quedaba, oscura y macilenta reliquia de sus pasados huesos. A poco de estar el caballero en la tienda le estaba estrechando á su seno la tia Rodavallos, aquella que le curó en Sevilla.

—Sol de mi cielo, le decia afectuosamente la encantadora, luz de mi alma, felices los ojos que te ven y las manos que te tocan. ¿Y cómo tan marchitas las rosas de tus megillas, tan apagados los rayos de tus ojos? Alégrate, hechizo mio, que la tia Rodavallos va á darte gozosas nuevas.

— ¿Qué gozo puede haber para mí? le preguntó Cárlos; pero interrumpió el diálogo en su principio Violante, la bella hija de la maga. Entró en la tienda con paso tan leve como el que llevan en su círculo las horas. Con el brazo izquierdo sostenia su laud; con la mano derecha saludó á Cárlos, en medio de la confusion momentánea, del rubor que resplandecia en sus megillas, plácido, transparente y puro, cual se difunde el aliento de la aurora en las flores de la primavera. — Bien venido á la humilde morada de los egipcios proscriptos, esclamó, y asi no haya mansion donde le quieran á usted menos.

— Asi esas palabras, amable doncella, causen en todos los pechos el placer que en el mio, contestó Cárlos; y el rostro de Violante volvió á cubrirse de púrpura. Todos se sentaron en un banco de herrador que dentro de la tienda habia, y pidió Cárlos á la encantadora no dilatase mas la comunicacion de sus noticias. La tia Rodavallos no quiso disminuir el mérito de sus nuevas dándolas to-

das de una vez. Empezó, pues, con la lejana circulacion siguiente: —La noche que salistes de Sevilla seguí tus pasos á alguna distancia. Quise ser tu genio protector, temerosa de que en la agitacion en que ibas cometieses algun atentado. Vigilé tu sueño en la primer noche del viaje, y te bendige al derramar la aurora sus primeros rayos. Seguistes tu camino todo el dia con increible actividad; pero una fuerza superior á la de tus músculos me alentaba á mí para seguirte. Te dejé ya salvo en la venta de los tres Galgos, y continué mi camino hasta un campamento egipcio que cerca estaba, mandado por mi distinguido profesor y maestro de la raza canina. Este jóven, lleno siempre de buen humor y de alegría, oyó lamentarse á su *aquella* de no tener un buen almuerzo. Escuchó en silencio la queja; tomó consigo el mejor de los mastines, y salió para la venta de los tres Galgos. Al cuarto de hora ya estaba de vuelta con un hermoso pollo asado para la melindrosa doncella.

— ¿Pero son estas, preguntó Cárlos con una curiosidad muy parecida á la impaciencia, las nuevas que usted me reservaba?

— No, clavel mio, continuó la hechicera: tuve que volver á Sevilla aquel dia, y fui á ver cuanto llegué al patriarca Tragalobos. Lo encontré de mal humor, y me sorpendió mucho, porque es su genio suave y blando como el seno del aire. Miré á la tia Machuca, y conocí que no habian reñido. ¿Qué es esto, señor maestro, le pregunté con sorpresa, que no parece sino que se ha engullido su merced el molino? — Siento, me contestó, haber dejado ir al caballerito. El diablo que atine adónde se hallarán ya sus huesos, pero la niña está en Sevilla.

El rostro de Cárlos se cubrió de palidez cadavérica; el de Violante de los matices mas altos de la púrpura.

— Voy á partir sin dilacion para Sevilla, dijo el caballero.

— Poquito á poco hilaba la vieja el copo, amor mio, que aun no estás ente-

rado. Yo tenia que venir con la tribu en caravana á la feria de caballos de Córdoba; y creyendo encontrarte en el camino de Madrid, resolví no abandonarlo, ídolo mio, hasta darte este consuelo. Pero perdí lenguas tuyas; nadie me daba razon, y esta sería la hora en que ignoraria tu paradero, si no hubiese sido por un pobrecito caballero inocente que habla mas latin que español, y á quien me encontré en el camino. Por casualidad llevaba yo debajo del brazo un librote muy grande que recibí de un boticario, con la intencion de doblar mis blondas y cintas por las hojas. Miró el tomo el pobrecito caballero con sus hermosos ojos azules, y que quise que no quise me lo compró por el precio que se me antojó pedirle. Se apeó tan pronto como fue suyo el volúmen, le dió el caballo á uno de sus criados, miro la primera hoja, y esclamó el desdichado lunático, que era un quebranto verlo: — ¡Este es un tesoro! ¡esta es una joya! y otros despropósitos del mismo tenor. Entonces conocí que aquella cabeza

no estaba sentada. Al examinar las hojas se reía sin moderacion, se daba palmadas en la frente, y bailaba y saltaba cual si le hubiese picado la tarántula. Compadecida de él quise contenerlo, le tomé la mano, pero reprimió mi audacia con una mirada que me pareció de un rey. "¿Qué quieres?" preguntó airado; y yo, que no tenia otro pensamiento en la mente, le pregunté por un estudiante, cabello negro, guitarra al brazo y estrellas por ojos. Se disipó el enfado del altivo caballero, y me dió noticias de mi querubin presa ahora de la ansiedad y el temor.

—¿Y usted me asegura que está Isabel en Sevilla?...

—Sí por cierto. El tio Tragalobos no tiene duda en ello. Su residencia no me a ha querido revelar ni aun á mí misma. A tí puede que te abra su pecho. Él mismo dijo que asi lo haria.

—Estraño acaecimiento en verdad. Ni es posible concebir cómo el tio Tragalobos ha hecho semejante descubrimiento.

— Por mi parte no puedo imaginar-

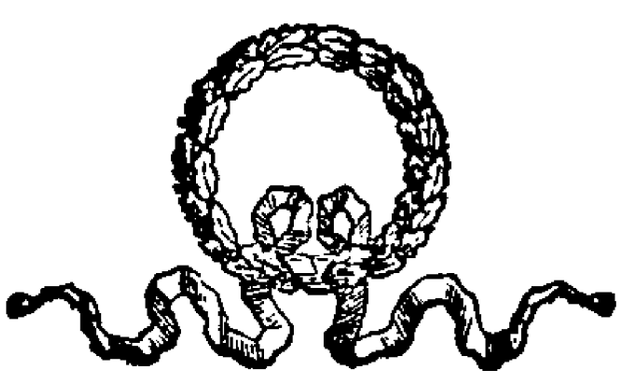
lo, dijo la gitana; pero el tio Tragalobos me ha sorprendido á menudo con su mágico conocimiento de todas las personas y de todas las cosas de la tierra. Solo á él le cedo yo en mis artes. Nada está ni puede estar oculto á su vista.

—Esta misma noche emprendo mi viaje de vuelta á Sevilla, dijo Cárlos.

—No podrias dar paso mas acertado, contestó la nueva Circe. Vé; pero no destruyas tu ventura ni la de la señorita con juveniles imprudencias. Acuérdate de que si cayeras preso en Sevilla, nadie podria salvarte. Entra en la ciudad por la noche, ó mas bien no entres, y vé á Triana por los arrabales. Pregunta por la calle y persona apuntadas en este papel, y ella te llevará á la cueva de Tragalobos, que no podrias tú hallar por tí mismo. Enseña por señal al guia la banda que yo te di en la montaña, y que de cierto llevas siempre contigo. Recibe mi bendicion y prospera. No puede ser mas larga tu visita. Llévatelo, Violante, y acompañe sus pasos la ventura.

—¿Querría usted seguirme, noble caballero? preguntó Violante con reprimida voz, y los ojos clavados en tierra; y sin esperar respuesta, tocando apenas la yerba con leve planta, fue á llamar á Alberto á otra tienda. Siguieron éste y Cárlos á la aérea Violante hasta descubrir el camino real. Alli fue la despedida.— No te me escaparás, dijo Alberto, hermosura divina, sin que te dé pruebas de mi gratitud. Quiso asirle los brazos, pero Violante, con una sonrisa indicativa de su indignacion, se soltó con agilidad increible, y acudió á Cárlos por defensa. No menos vigoroso Alberto, habia ya ceñido con sus brazos la frágil cintura, cuando le separó la mano de Cárlos, interviniendo en favor de su hermosa protegida. Violante, con la indefinible espresion con que manifiestan la ternura dos ojos negros tan dulces y diáfanos como los suyos, dijo, rosada la megilla y con trémulo labio:—Defiéndame usted, caballero, y déme la paz que le pido. Hubo Cárlos de interpretar mal la especie de paz que

Violante le pedia; y ruborizado á su vez, rodeó con robusto muscular brazo la forma delicada de la doncella. Se resistió Violante en vano. Sus negros, sueltos y nítidos cabellos ondularon enlazados por el aire con los copiosos rizos de Cárlos. Se aproximaron los encendidos labios, respiraron recíprocamente el fuego que vertian, y resonó bajo las mezcladas cabelleras un beso que hubiera podido sellar el mas voluptuoso himeneo del templo de Pafos. Un instante despues ya habia Violante desaparecido. — ¡Ah, Isabel! ¿Perdonarias esta infidencia? ¿te la hubieran á tí perdonado? ¡Cuán injustos y egoistas son los hombres!



CAPITULO IV.

¿Es mejor hacer autos, y andar dando que decir á Satanás, y pidiendo el alma, y lloviendo ángeles á pura nube?

Quevedo.

El patriarca de los poetas, el inmortal Homero, poseido de uno de sus accesos de *estro*, pronunció al Helesponto nada menos que *ilimitado*, en otro sentido del que se le da á esta palabra en la fraseologia militar. Años y siglos corrieron sobre las cenizas del poeta, y sobre las ilustres ondas de su ahijado el dicho ponto helénico, sin que audaz conquistador, sacerdote ni escribano osara poner límites á sus aguas, ni disputarles el magnífico dictado que Homero les concediera. Al fin dieron las islas de Albion un poeta que se atrevió á probar al mundo que era el estrecho indigno de su título. Se arrojó, pues, bizarramente á sus ondas, y venció en potente lu-

cha el líquido sepulcro de innumerables guerreros, y asió al fin con fuerte mano la playa opuesta. En el júbilo y exaltacion de su triunfo dirigió una filial sonrisa al venerable cantor de Aquiles. —Homero, dijo, debia tener de la distancia las mismas ideas que una coqueta del tiempo; y lo mismo llama él *ilimitado* espacio á media milla, que ella *eterno* al efecto de tres semanas.—Quisiéramos que el sublime vate anglicano á quien aludimos hubiera usado la voz amante en vez de la de coqueta, pues está probado que en el lexicon del amor todo es eterno, infinito, y para siempre. Por ejemplo: aun no hace un siglo que oimos á nuestro Cárlos despedirse para siempre jamas de Sevilla, y ya le vemos resuelto á volver, sin mas motivo que las vagas insinuaciones de tia Rodavallos. Bien decian algunos filósofos de la antigüedad, que los dioses criaron á los hombres para que les sirvieran de risa y entretenimiento.

Antes que el sol, salieron para Se-

villa Cárlos y Alberto en dos caballos que á su muerte dejó el padre del primero; y ya cerca del medio dia entraron á descansar y guarecerse del calor en la venta de un pueblo blanco, limpio y agradable cual suelen encontrarse en Andalucía. A cosa de las dos de la tarde se les apareció el ventero en trage dominical ó de domingo, y les dijo con semblante gozoso que si no se daban priesa llegarian demasiado tarde.

— ¿Adónde? preguntó Alberto.

— A la fiesta, dijo el ventero. ¿Pues á qué han venido ustedes?

¡Tú que fiesta oiste!—¿Y adónde es, y de qué clase, y por qué? volvió á preguntar contentísimo Alberto.

— ¡No es nada para el caso! replicó el de la venta. ¿Pues quién ignora en España que hoy se celebra aqui la fiesta de nuestra madre del Retamal, patrona de esta muy noble, muy leal y muy heróica villa? Pues ya habrán ustedes conocido, si es que no viven en la luna, que aunque parece éste un lugarejo de

cuatro casas, no es nada menos que una de las principales villas del mundo, y de una antigüedad que no se le ve el fin. Y no me enseñen ustedes los dientecitos como quien se rie, que lo que yo digo es un evangelio. Hoy se celebra, como digo, con toda solemnidad la milagrosa aparicion de nuestra Señora á un pastorcito, despues de haber estado escondida por miedo de los moros treinta ó cuarenta mil años, y aun me quedo corto. Ha habido misa cantada hoy por la mañana. ¿A qué platicar? Aquellos eran ángeles. ¿Pues y la música, adónde me la deja usted? Flautas, violines, órganos y campanillas, tin, tin, tan, tan, chillando y berreando todos juntos que era aquello un paraiso. Luego nos echó un sermon el padre maestro fray Agustin Vinoso, que hasta los banquillos de la justicia lloraban á moco tendido. Tres viejas se desmayaron, y por poco no le da á otra una alferecía. Cuando se acabó en la iglesia, salimos todos respahilando hácia casa á tomar un bocado,

para ir con tiempo á ver jugar los mejores toros que jamas se han lidiado en los dominios de España. Aqui se han detenido Pepeillo, Costillares, en fin, para no cansar, todos los toreros del rey que iban á Madrid. Con los fondos del ayuntamiento se ha costeado una plaza de toros, edificada bajo la direccion de un célebre arquitecto estrangero. La octava maravilla del mundo. No hay en la cristiandad cosa con que compararlo. Despues de los toros se toma un bocado y á la comedia; coliseo magnífico preparado para esta ocasion. Mucho dudo que el rey mismo haya nunca visto por esas naciones donde se ha criado cosa ninguna como las decoraciones y telon de nuestro corral. Para ver esta funcion, nunca vista ni oida, acuden de toda España gentes como hormigas. Con que, Dios quede con ustedes, que es ya tarde, y podria no hallar asiento.

Pensar que dejaria Alberto de concurrir á la fiesta, era escusado. Él y nuestro héroe se dirigieron, pues, al circo.

Se componia la plaza de toros del célebre arquitecto estrangero de la plaza natural de la villa, con las boca-calles atrancadas con carretas y fuertes tablones. Algunos tablados en los ángulos, y un grande balcon artificial enfrente de las casas de ayuntamiento. Coronaban el balcon muchos florones de papel de varios colores; bajaban de él banderas y gallardetes, y una desmesurada colcha ondulaba tambien por delante, jugando con el viento, como si se sintiese orgullosa de verse libre por una tarde del servicio de la cama. Tambien á las casas consistoriales se les habia puesto una costra de ornatos del mismo género. Todo el circo, en fin, estaba hermoseado con imitaciones de animales, pájaros y flores muy bizarras y subidas de color, sino del todo parecidas á los originales que representaban. Manifestaba, empero, el ilustre artista que la habia imaginado el triple ingenio de Miguel Angel. En la célebre ocasion que describimos concurrieron á la festividad cuantas personas hábiles mo-

raban diez leguas en rededor de la villa. Los tauromatas ofrecieron de valde sus servicios, por estar destinado el producto de la fiesta al culto de la patrona, nuestra Señora del Retamal.

Estaba la plaza cuajada de gentes de toda clase, tanto vecinos como forasteros. Desde el balcon del mayordomo de nuestra Señora, es á saber, el que enfrente de las casas consistoriales estaba, vibró por el aire el fiero acento del clarin que la boca de un negro tocaba. Una compañía de miñones catalanes entró en el circo, y por falta de tambor marchó al son de gaitas gallegas y panderetas hasta haber concluido el despejo. Estos mismos músicos subieron á los balcones de las casas consistoriales, para aumentar con sus instrumentos el bullicio estrepitoso que en señal de reprobacion ó aplauso hacia el público con castañetas, guitarras, almireces, pitos, campanillas y carracas. Reinaba entonces ¡el cielo sea loado! una aficion bárbara por los toros. Loamos al cielo de

que ya se haya concluido. Al son de todos estos instrumentos que el público sacudia, tocaba y soplaba como si hubiese perdido repentinamente el juicio, se apareció debajo de los balcones del mayordomo uno de los alguaciles de la villa, montado en un pequeño jumento, y vestido del modo mas fantástico que pudo sugerir la imaginacion del antedicho artista. Escoltaban al ginete otros muchos alguaciles con sus ropas negras, golillas y estupendos espadones. Con tan lucido cortejo y cabalgadura marchó, pues, hácia las casas consistoriales, foco de la belleza y elegancia femenil de la villa. No le abochornó la risa de tanta hermosura; antes bien, alentado por ciertos espíritus víneos, prorumpió el mismo héroe en inmoderadas carcajadotas, y siguió adelante con sus mirmidones amenazando á aquellas beldades, cual pudiera marchar Baco contra las musas. Hizo alto debajo de los balcones concejiles, y empezó á ondular el sombrero á sus lindas burlonas. El señor alcalde de la villa,

sugeto de estraordinaria solidez y peso, se levantó al instante, sustentando en la cabeza una desmesurada estructura parecida á un sombrero de tres picos. El baston oficial lo conservó en el lado de la espada. Oprimia los hombros y espaldas de su merced una inmensa casaca, que aunque de dimensiones incalculables, parecia aun chica para sustentar unos cuantos botones de acero, ó mas bien rodelas pequeñitas, con que defendia el señor alcalde su cuerpo. Este magistrado sacó una llave de la insondable faltriquera del faldon derecho, echó atras la formidable pierna del mismo lado, levantó el brazo, y se puso con alta dignidad en ademan de arrojar la llave al alegre alguacil que abajo la esperaba. No hay español que ignore cuán importante y esencial es que caiga la llave del toril dentro del sombrero del que va por ella, que se le premia, como es debido, con cierto número de ducados si lo consigue, y se le silba en no lográndolo. Tambien se puede ejecutar con mayor ó

menor perfeccion acto de tanta trascendencia.

Estaba nuestro alcalde, repetimos, con la diestra en alto, y la esperada llave suspendida de una cinta. Tomó bien la puntería, guiñó el ojo izquierdo, é hizo dos ademanes por via de ensayo para acabar con buen éxito tan alta hazaña. Al fin inclina el cuerpo atras resueltamente y dispara la llave con toda su fuerza. Pero ¡ay de las esperanzas humanas! no habia el alcalde calculado la gravedad y fuerza centrípeta del faldon izquierdo de su casaca. Solo una vez al año acostumbraba ponerse esta prenda, y cuando asi se engalanaba, iba como tullido y sin libre movimiento. El dicho faldon, ya pesado de por sí lo bastante para echar abajo una iglesia, venia en la tarde de que hablamos relleno con una grande vejiga de aguardiente, que desordenando el equilibrio de su merced el señor alcalde, le hizo inclinarse lateralmente sobre una doncella de cuarenta y cinco ó mas años que junto á él esta-

ba. La llave descendió en tanto verticalmente y con admirable compostura á los pies de su merced.

La furiosa damisela cuya faz recibió el macizo codo del alcalde, le habria sacado los ojos al "demonio del animalon (son sus palabras), bárbaro y torpe, que de tal modo se conducia entre las damas," si la risa de todos los espectadores, y la estrepitosa voz de todos los instrumentos, no se lo estorbaran.

La proyeccion de la llave no se hubiera verificado aun en mucho tiempo, á no haberla cogido un muchacho, hijo de su merced el magistrado, y lanzádola al primer amago diez varas mas allá del gozoso alguacil que la esperaba. Rebajó éste tres ducados de alegría de su semblante, la cogió del suelo suspirando, y volvió con desconsolado rostro, y al son de campanillas, pitos, almireces y carracas, á entregarla al señor mayordomo para que mandase abrir el chiquero. Entonces se presentaron los picadores en sus caballos andaluces, que parecian guiar

antes con el deseo que con ningun signo visible. Luego se presentaron el célebre Pepeillo y el cierto Costillares á la cabeza de sus banderilleros. Estos semidioses del circo eran los *matadores*, dignidad respetable en aquella época, y la sola que jamas se ha concedido en España al verdadero mérito ó al que mejor la mereciera, ó mejor fuera capaz de desempeñarla. Venia vestido Pepeillo de raso liso blanco, bordado de oro; Costillares de color de rosa con cabos de plata; ambos eran modelos de varonil y vigorosa belleza. Los banderilleros rivalizaban en esplendor á sus gefes, y exhibian una notable variedad de colores y adornos en sus trages. La presencia de los héroes escitó el mas ruidoso aplauso de voces é instrumentos, y mil blancos pañuelos aparecieron en manos aun mas blancas, saludando su venida y llenando sus pechos de audacia.

Un profundo silencio se apoderó entonces de la asamblea. Todos los ojos se fijaron en el alcalde; todas las lenguas

enmudecieron, menos la de aquella malhadada señorita con cuyo rostro no habia mucho estuvo en contacto el codo de su merced, la cual blandiendo su abanico en guisa de hercúlea clava, seguia con volubilidad admirable poniéndolo como ropa de pascua. Nuestro magistrado civil recibia con laudable impasibilidad aquellas incesantes rociadas de palabras, sin mover un músculo, cuadrado al frente, y mirando fijamente al cielo, como si á nadie tuviese á la oreja. Mas de una mano anduvo perdida mucho tiempo por los infinitos y grandes pliegues de los faldones del alcalde, tirándole sendísimos tirones, antes de que su merced cayera en que se aguardaba su señal para continuar la funcion. En efecto, con la debida solemnidad, que el alcalde nunca obraba de ligero, levantó el brazo. Se apeó la veiluda, gruesa y oscura mano en la dilatada superficie del sombrero; los dedos, del color, forma y dimensiones de otros tantos chorizos estremeños, erraron por el plano en busca de algun

asidero, hasta que lograron afianzar el pico superior. Se quitó entonces el alcalde aquella su formidable tapadera, y empezó con estendido brazo y fuerza gigantesca á sacudirla por el aire, cual pudiera una viga de Arquímedes sacudir el bajel de un sitiador romano. La señorita del abanico vió con terror inesplicable el súbito descenso y venida hácia su magullado rostro del sombrero de su merced. Dió agudos gritos, se encogió é hizo un ovillo, y postrada por tierra su belleza, aun siguió maldiciendo al insensible bruto que iba á estrujarla viva como á un sapo.

A la señal del alcalde resonó el clarin desde el balcon del mayordomo, y se abrieron las puertas del chiquero. Salió un toro negro de los que llaman claritos, y se puso en medio de la plaza. Se presentaron uno á uno á desafiarlo todos los picadores, pero el pacífico animal huía de ellos, dando pruebas de tener apacible y suave carácter. Le rompieron los chulillos el rugoso cuero del pescuezo con

las puntas de las banderillas, sin poder escitar su enojo. "¡Fuego! ¡Fuego!" clamaba el pueblo impaciente al son de almireces, carracas, pitos y campanillas. Una voluminosa inclinacion de la cabeza del alcalde concedió la demanda. Y lo mismo que si no fuera sensible la piel del manso animal, lo mismo que si al romper sus vísceras y membranas, y al abrasarle las vivas y recientes heridas con encendido azufre, no hubiese de padecer agudísimos dolores, se complacian aquellos inhumanos espectadores, harto mas feroces que la fiera misma, en oir sus quejas y bramidos. Frenético el animal con tantos martirios, llenaba el aire de sus quejas, hasta que al fin se lanzó sobre los crueles perseguidores. Entonces salió Pepeillo y burló con admirable destreza la furia de su oponente; y viendo que no partia bien y que volvia á su timidez primitiva, lo mató á pasa mano y sin muleta. Entraron las mulas, y se llevaron el cadáver de aquel toro filosófico y bondadoso.

El bullicio y desaprobacion del público cesó al sonar la trompeta. Se presentó en la plaza un toro tostado de poca talla, pero lleno y bien hecho. Miró al rededor, y se dirigió á los picadores con grande compostura. Salió el primer ginete en busca de su adversario, el cual sin volver la cara se retiró algunos pasos, rugiendo con reprimida voz. Escarbó la tierra, levantó el polvo con su resuello, y al fin se lanzó como un torbellino sobre el caballero. Le puso la vara en la cruz, se apoyó en ella, cejó su caballo, y lo sacó libre y victorioso. Las capas de los chulos distrageron la fiera diestramente, llevándola hácia el segundo picador. Esta suerte no fue tan afortunada. Partió súbito el toro, y levantó con portentosa fuerza por el aire caballo y caballero. Intervinieron, pero sin buen éxito, las capas de los de á pie; llegó el toro al postrado ginete, y enterrándole el asta en la parte inferior del estómago, le sacó la roja y humeante punta por cima de la rabadilla. No saciado aun con

este triunfo, llevó su víctima al rededor de las barreras, y vió el público con horror y gritos histéricos las trémulas manos y cabeza barriendo el polvo en la carrera, y las piernas fijas y vibrando convulsivamente en el aire. Algunos horribles quejidos se oyeron sobre el general murmullo antes que el picador espirara. Galopaba en tanto su caballo á impulsos de la última agonía, lanzándose contra las barreras, y paseándose y despedazándose las entrañas en la arena. En este frenético curso de una parte á otra, se arrojó muchas veces sobre el cuerpo de su ginete, alzado aun en temeroso triunfo sobre las calientes astas. El toro al fin arrojó en alto el inútil cadáver, se dirigió al caballo, y le libró de la vida con mil heridas horrorosas.

Aunque con alguna cautela, y cerca siempre de las barreras, se continuaron las suertes de los picadores. Muertos otros seis caballos, y lleno ya de banderillas el peludo y rugoso cuello de la fiera, sonó el clarin de muerte, y el intré-

pido Pepeillo, con la espada y roja muletilla en la mano izquierda, se presentó ante el concejil balcon á pedir permiso para matar el toro á la salud de su merced del señor alcalde y de la niña de su amor. Se hallaba á la sazon nuestro magistrado urbano con la cabeza diagonalmente inclinada sobre los hombros, y los entrecerrados luceros mirando fijos á las regiones celestiales, en un ángulo por lo menos de cuarenta y cinco grados. Es probable que estuviese su merced sacando alguna cuenta de memoria. En este apuro, apelaron los circunstantes como en la ocasion de marras á sus faldones, y comunicándole por las corvas movimiento á la cabeza, como se hace con los parte-piñones holandeses, lograron forzarle á inclinar la frente á puros tirones, y aceptar asi la dedicatoria de Pepeillo. Este salió galanamente hácia el toro, haciendo besamanos á las caras bonitas de andamios y balcones y...

En este instante empezaron á crujir los maderos del balcon del mayor-

domo, que se desplomó con espantoso estrépito, y con cuanta gente le ocupaba. Se hundió al mismo tiempo uno de los andamios. Empezó tambien á temblar el de Cárlos, que saltó ligeramente á la plaza, fiado en su agilidad y en su destreza. Le siguió Alberto, preparando ambos las capas para defenderse en caso necesario. No puede imaginarse la clamorosa confusion de la plaza. Los que cayeron sin romperse ni dislocarse las piernas, corrian ciegos de una parte á otra, con tanto miedo de acogerse á los ruinosos andamios, como de permanecer dentro de la arena á merced de la temida fiera, cuyas astas conservaban aun reliquias de las entrañas del picador. Llevaba el toro el terror en sus movimientos, resonaba la plaza con sus bramidos, y ébrio y ciego de furor no perdonaba víctima, despedazando igualmente hombres, mugeres y niños. No podian los toreros contenerlo ni usar de sus armas, por impedírselo el miedo de la multitud, que por todas partes se agolpaba. En tan-

to se venian abajo otros andamios; solo se veían lágrimas y sangre, solo se oía el estruendo de los rotos maderos, los alaridos y lamentos de los que padecian. La escena era en efecto aterradora. Cárlos y Alberto se aproximaron voluntariamente al toro, con el doble objeto de proteger, si podian, las mugeres y niños indefensos, y de librarse de las oleadas del tumulto, porque el que en él una vez caía no se levantaba jamas. El bizarro Costillares pudo al fin abrirse camino hasta la misma cabeza de la fiera, más le hizo perder el equilibrio la turba que huía, y cayó bajo las pezuñas del toro. Cárlos tomó la espada que al matador se habia caido, y cerró con el frenético animal. En aquel momento habia cogido á un caballero jóven, ligero y suelto de movimiento, pero que se hallaba sin capa con que defenderse. El asta homicida habia ya desgarrado su rico trage, cuando espiró el toro, con un aterrador bramido, por la espada de Cárlos. Pálido el caballero, cubierto de polvo y

sangre, se levantó al punto, vaciló un instante, y recobrada su serenidad, se dirigió á Cárlos como á su libertador, y abrazándolo repentina y estrechamente le dijo: — ¡Y usted habia de ser, amado estudiante mio, el que mi vida conservara! ¡Feliz tres veces la noche en que nos dejó sin cenar el ventero, pues que debí al hambre el placer de su amistad! Cárlos reconoció con placer infinito al docto y juvenil caballero de Guzman, el del viaje arqueológico y literario.

— Curemos por ahora de ver si tiene usted alguna herida, le dijo Cárlos, examinando el sangriento y roto vestido. ¿No siente usted dolor?...

— Ninguno, salvo en las regiones internas del órgano odorífico.

— ¿Herido el órgano? preguntó Alberto creyendo que se trataba del de alguna iglesia.

— Sí señor, el órgano, contestó de Guzman, ó de otro modo, que tengo desbaratadas las narices. Y para poder apreciar su mérito de usted, buen señor

preguntador, hágame el obsequio de decirme quién es, si tal satisfaccion no le desplace.

—Yo contestaré en su lugar, dijo Cárlos. Su nombre es Alberto, su sangre hidalga, y sus cualidades buenas. Él es mi primero y mi mejor amigo.

—Títulos son estos dos últimos que le envidio, esclamó de Guzman alegremente. Injusto sería, empero, privar de ellos á su *Diógenes Patrocles*, que sin duda mejor que yo los merece. De aqui adelante, señor don Alberto, cuénteme, le pido, en el número de sus amigos.

Con estas y otras palabras se iban los tres jóvenes acercando á la mansion del caballero de san Juan. Otro vestido, alguna poca de agua, jabon y esencias, le borraron todas las huellas del pasado accidente.

—Ahora á refrigerarnos, dijo el caballero, mandando á su mayordomo le trajese algunas botellas del mas regalado vino, frutas y dulces. Estas se pusieron al rededor de un par de dorados faisanes.

Cárlos y su compañero no parecian del todo dispuestos á honrar la improvisada merienda de su huésped.—¿Y cómo asi? preguntó éste. ¿No se acuerda usted, señor estudiante, que la primer vez que nos vimos ayunamos lo que basta para todas las cuaresmas que de la presente centuria quedan? Gocemos ahora de la presente abundancia. No creí esta tarde, cuando me vi en las astas del toro, volver en mi vida á abrir la boca. Y viendo que sus palabras no producian el efecto deseado, asió el caballero gentilmente de las manos á sus amigos, y los condujo á la mesa, enfáticamente diciendo: —¡Al banquete, señor estudiante! Acabe tanta resistencia, y acuérdese de que los dioses mismos *Epei pausanto ponon tetuconto te daita daimunto* (1). Con estos no inteligibles sonidos, que eran griego para todas las personas presentes, y quizá para el mismo de Guzman que los pronunciaba, se sentaron todos á la mesa,

(1) Cuando hubieron cesado en sus trabajos, y preparado el banquete, se regocijaron.

y se empezó la operacion del trinchar. —Algun genio infame debe presidir, seseñor estudiante, en nuestros festines, cuando los celebramos juntos: y luego al page: Llama al cocinero á mi presencia. Poco despues entró un hombre como de treinta años, ricamente vestido, y practicando las reverencias mas profundas.

—¿*Sonno questi fagiani fatti di rocca*, le preguntó el de san Juan con severidad bastante, *o di carne?*

—*Io creddebba*, replicó el urbano cocinero con una profusion de apologísticas cortesías, *che la sua eccellenza gli vorrei per la cenna, e forsa non saranno ancora arrostitti abbastanza.* —El pícaro tiene mil razones y hay que dejarlo ir, dijo el caballero. Llama á mi *valet de chambre.* A este funcionario le dió la orden que sigue: *Allez au theatre tout de suite, et prenez en trois places de loge.*

Se volvió el caballero de Guzman hácia sus amigos, y viendo con gusto que habia observado su poliglotismo, dijo como por escusa: — Está uno obliga-

do á saber mas lenguas que si deseara entrar de intérprete en la torre de Babel, y con todo eso cada vez le sirve á uno peor esta canalla. Y luego en particular á Cárlos, con una dulce sonrisa:— Si viviéramos, querido estudiante, en aquellos dias venturosos en que sancionaban los dioses los vínculos amistosos de sus favorecidos hijos, ¡cuán ardientemente les pediria yo que enlazaran con el amor mas suave la ternura de nuestros corazones! Pero nuestros dias son los de la frigidez; nuestros dioses obesos y estupendos frailazos, llenos de pringue ó de tabaco cucarachero, gente que nunca ha gozado de las delicias de la amistad. No obstante, como nuestro vino no cederá probablemente en gusto y fragancia al néctar con que el suave Anacreonte se emborrachaba, pues en prosáico asi se dice, hagamos una oblacion en las aras de la amistad á la memoria de los tiempos antiguos.

Bebieron con harta libertad nuestros jóvenes, aunque sin imitar al suave Ana-

creonte. La conversacion volvió naturalmente á los asuntos de la tarde, y espresó Cárlos su maravilla de que hubiese permitido el señor alcalde la ereccion de tan débiles tablados para tanta gente como se esperaba.

—No padezca, dijo de Guzman interrumpiendo á su amigo, la opinion artística del desmesurado alcalde. Su merced, aun cuando poseyese algunos rudimentos de arquitectura, debió someter su juicio, como lo hizo, al de un facultativo, un adepto de las artes.

—A quien Satanás se lleve, y mejor mientras mas pronto, dijo Alberto, sin dejarlo nunca volver por acá á construir otra plaza.

—¡No, por Vulcano, señor Alberto! replicó el caballero. No desee usted tan desagradable reclusion á un amigo de su amigo don Cárlos, pues es de saber, señor estudiante, que no es otro el arquitecto que el Praxiteles de marras. Por este nombre distingo yo, *lucus a non lucendo*, al autor del estupendo san Cris-

tóval, á quién tal vez conservará usted todavía en sus reminiscencias. Bajo mis pobres auspicios y patrocinio consiguió se escogiese entre otros candidatos para dirigir los monumentos de las artes con que ha de honrarse este memorable aniversario de nuestra Señora. Mi intencion fue proporcionarle al pobre algun trabajo. Usted ha visto las consecuencias de mi filantropía, y á mí no se me olvidarán tan pronto. Veo que ya esquivan ustedes las botellas; con que si lo aprueban nos dirigiremos hácia el coliseo á ver cómo nos trata Talía.

—¿Y ha salido tambien el coliseo de los talentos de Praxiteles? preguntó Cárlos.

—No, señor estudiante. La parte sólida puede sustentar siete mil cuerpos de la gravedad específica del de nuestro alcalde, pues no es nada menos que el piso bajo de las casas consistoriales, es decir, el mundo adonde estaremos seguros, á no ser que haya terremoto. Los ornatos sí son de la invencion de Praxiteles;

pero aunque todos los del techo nos cayeran encima, no podrian hacernos otro mal que ensuciarnos el sombrero, como creo que lo trae Gerardo Lobo, entre paréntesis, escelente poeta de su clase. Diciendo asi salieron los tres para el teatro.

—Tengo que comunicarle á usted mi secreto, señor estudiante, dijo por el camino el sanjuanista, que tal vez me estaria mejor conservar en el pecho. ¿Podrá usted creer que llevo tal ansiedad por el buen suceso de la comedia, como si en efecto fuese hija mia?

—Quizá es usted en efecto su padre, señor mio, le contestó Cárlos.

¡—A fé mia que no he tenido la menor parte en su engendro! Puedo haber ayudado á criarla, y esto es bastante para que, en calidad de padrino, me interese infinito su suerte. La comedia es de uno de nuestros autores antiguos, y yo he trabajado algo en purificar la diccion, en simplificar el argumento, é introducir en el diálogo el espíritu de la gracia y chis-

tes modernos. Pero es el plan original tan absurdo y desconcertado, que me temo hayan sido inútiles todos mis esfuerzos para mejorarlo. Tambien tendré la desgracia de oir recitar mis versos por los actores bárbaros de una compañía de la legua, y la de que los escuche y aplauda un público apenas capaz de entender los conceptos de don Cristóval Pruchinela.

—¿Y por qué, preguntó Cárlos, emplea usted tan mal sus talentos y numen poético?

—El hijo del caballero del verde gaban nos lo dice en Cervantes. Tenia por loco al lunático paladin de la Mancha, y á pesar de eso le gustaba que le alabase sus versos. Y yo mismo ¡cuántas veces no codicio el aplauso de aquellos cuyas opiniones desprecio! Adúlame, que me gusta, decia el otro romano, y yo pienso que con corta diferencia todos sienten lo mismo. Los príncipes y ministros pagan la adulacion porque tienen de qué; los necesitados y truanes venden adulacion para vivir; el amor no tiene vira mas

aguzada que la alabanza, y en el mundo moral es la lisonja importantísimo y principal agente.

Ocupaban las tablas ó la escena, para hablar en culto, un estremo de la sala capitular del pueblo. El telon y pabellones eran de judianas de varios dibujos, que indicaban haber servido de colchas antes de entrar en el templo de Talía. La luneta formada de bancos y sillas. Una arquería de carton encerraba la luneta, descansando en barandas del mismo material, fantásticamente decoradas é imitando palcos para el señorío. El techo estaba cubierto de guirnaldas, banderas, cuernos de la abundancia, máscaras, cañones de artillería, lagartos y otros varios objetos no menos alusivos, todos de papel pintado. Tambien bajaba de él una araña con doce velas de cera. Cada palco estaba ademas alumbrado con sendas torcidas, cuyo vapor podia olerse desde Madrid. Es cierto que los adornos correspondian á la iluminacion. En cada palco habia una batalla de moros y cristia-

nos, recortada de papel y suspendida con alambres. Y con tanta novedad se representaban los tales combates, que tenian los caballos piernas encarnadas y cuerpos azules; los mas de los ginetes caras verdes; los pájaros eran mayores que los caballeros, y mas pequeños los árboles que las piernas de los caballos.

Estaba ya el teatro lleno á la llegada de nuestros amigos. Las gaitas gallegas ya chirritando alegremente, acompañadas por las panderetas. ¿Pero qué colores serán bastantes para pintar el resplandor, el lustre y brillo de las hermosuras de los palcos? ¿qué voz para cantar la riqueza de las joyas, la variedad de los trages? Digamos solo que ni antes ni despues de la ocasion que nos ocupa, vieron tan suntuosa concurrencia ni la villa que celebraba aquella festividad, ni las chozas ni aldeas de diez leguas á la redonda.

Era el señor de Guzman uno de los jóvenes mas finos y amorosos de la edad de Cárlos III. ¿Cómo habia por consiguiente de sentarse sin dirigir á la seño-

ra, que por acaso tenia junto, una arenga rebutida de flores filológicas, y escogidas bellezas de elocucion? Descansó, pues, la *leve* mano en el puño argentino de la espada; hizo del cuerpo un arco, y desviando el sombrero media vara á la retaguardia, hizo un discurso pidiendo permiso para sentarse á la *dea* que le cayó *da canto.* Usando nuestra hermosa de coquetería algo mas que villana, se puso el abanico por delante del rostro, como rejilla de confesonario, manteniéndose firme en su posicion, y sin dignarse inclinar el cuello una línea hácia el caballero. Tan pronto, empero, como entendió por varios signos que aquellas no inteligibles palabras del caballero estaban destinadas para su oreja, le lanzó una fogosa mirada á traves de las varillas de abanico, y no pudiendo imaginar por qué estaria el orador en postura tan incómoda y estraña, hubo de sospechar que habia cierto fondo burlesco en la oracion, y asi replicó en ácidos acentos: —Mas valia que se sentara su merced del mozalvete,

y dejara en paz las damas. A otra puerta, hermano, que no tenemos aqui los dientes de corcho. Cuidado no venga á echar pullas y le empullen en el pueblo. Cada uno en su casa y Dios en la de todos. ¿ Quién le pregunta á usted qué nombre tiene? — Esta severa y poco merecida reprimenda atrajo la atencion de Cárlos, que reconoció inmediatamente los mismos preposteros flecos y flores, la misma profusion de cintas y exuberantes ornatos que habian en la corrida de toros engalanado á la damisela de cuarenta y pico que estaba junto al alcalde. Cuando se concluyeron los toros, del áspero modo que se ha dicho, bajó de los balcones del ayuntamiento adonde estaba, se dirigió á su casa, y descubrió con furor inesplicable la diestra megilla llena de dilatadas marcas, carmesíes, azules, púrpura, pajizas y negras, las cuales juntas y mezcladas no dejaban de parecerse al primer bosquejo de un pintor que imagina un tormentoso paisage. Se cubrió el esmaltado carrillo con papel de estraza

mojado en agua y vinagre, y queria por eso en el teatro ocultar tan tosca cubierta con su abanico.

Pero hé aqui que acaba su tonada la gaita gallega, suena un agudo silbido, y se levanta el telon. Un robusto moceton se presenta vestido de muger representando la alegría. No hubiera sido el comediante mal símbolo de aquella dama alegórica, á no haber lo membrudo de sus piernas y brazos, sus barbas y porte, indicado mucha mayor estabilidad y firmeza que gozó nunca la alegría. Un libro, unas manos y cabeza pertenecientes á otro individuo de la tropa, hicieron su emersion por detras de los bastidores, y empezaron á apuntar á la alegría en voz clara, robusta y sonora. Asi se recitó un doble prólogo con diversion de Alberto, tédio de Cárlos, y desesperacion completa del señor de Guzman. Cayó el telon, empero, y resonaron mil aplausos y palmadas.

Fuese obra de algun espíritu cena-á-oscuras, enemigo de toda diversion y

contento, ú fuese que existia cierta atraccion molecular entre las partículas del alcalde y las de la añosa vírgen de los flecos, no es averiguacion esencial para esta historia. Lo cierto es, que estos dos entes se juntaban cual si los ligase algun fatal magnetismo, pues no fue otro mas que el mismo alcalde el que entró despues del prólogo en el teatro, y ocupó el solo lugar que habia vacío, y en reserva, esto es, al lado de la empapelada señorita. El alcalde se cuadró al frente como acostumbraba. La señorita de los cuarenta y mas le miró con la dulzura de un basilisco; y separándose cuanto pudo hácia el caballero de Guzman, tiró de sus flecos con insólita aspereza, como si temiese que se los mancillara el contacto del alcalde, y se preparó, en fin, á gozar por toda la noche los placeres de una importante cólera.

Resonó otra vez el pito y se levantó el telon. Detras estaban todos los cómicos que habian de representar el auto. Alli estaban el Padre Eterno, dos ánge-

les, un fraile, la concupiscencia, la templanza, las tres Marías, Judas Iscariote y otros muchos caractéres, cada uno de los cuales fue esplicando quién era, al modo que los actores de Shakespeare dijeron al rey cuál representaba el leon, y cuál la pared. El diablo fue el que hizo la última confianza,

Le publique est discret et neu le dira pas.

añadiendo que era el gracioso, para que supiera la gente cuándo habia de reirse.

Empezó el diálogo entre una de las Marías y Judas Iscariote, á quien daba frecuentes y donosos consejos el diablo. A cada palabra suya disparaba el auditorio mil tremendas risotadas. Se hizo general la alegría. Hasta la rigidez y severidad de los músculos del alcalde empezaron á disiparse. A la chuscada inmediata (pues la boca del diablo estaba llenita de ellas) replegó el alcalde el pellejo de sus inmensos párpados. Poco despues arqueó los ángulos de los labios, descu-

brió dos hileras de blancos, robustos y dilatados dientes, las separó al fin, y dió salida á una carcajada alcaldina, que atronando el teatro, resonaba sola por cima de todas las otras risas. Cárlos, de Guzman y Alberto cogieron el mal. Se reían de ver las singulares contorsiones del alcalde; y viendo éste que le segundaba el pùblico, redoblaba sus carcajadas en robustez y número, oprimiéndose ambos hijares con los cerrados puños. Si el diablo hubiera sido en realidad el mismo Satanás, quizá no habria podido levantar tal tole tole. Hasta las tres Marías, olvidando su condicion, empezaron á hacer muecas y reirse de lado, comunicando la enfermedad á Judas Iscariote, á los ángeles y la concupiscencia, y en fin, á toda la comparsa. Pero cuando se echó el diablo á reir y hacer gestos fue ella. El monosílabo "¡bien! ¡bien!" resonaba entre la estrepitosa broma del alcalde, como la voz de Boreas entre el tumulto de la tormenta. La jovialidad de su merced crecía por instantes. Dejó sueltas las

formidables manos que ondulaban al compas de las carcajadas; dejó caer dos lágrimas, una por cada ojo, que tendria la menor media azumbre de agua; y en la exaltacion, en fin, de aquel gozo intenso, le dió un manoton á uno de los vasos verdes lleno de aceite, depositándolo con su llameante torcida en las flecudas faldas de la señorita antedicha. —¡Oh Dioses! esclamó de Guzman al punto: ¿Y habeis asi permitido que mancille este pestífero licor el mas complejo de cuantos sirqueos faldellines tiene hoy España? ¿un vestido tan de moda y elegante en tiempo de Fernando y de Isabel, esto es, un par, ó poco mas, de siglos hace? Y mientras estas y otras cosas decia, le quitó á la niña el encendido algodon de la falda, que ya empezaba á arder.

No hay furia recien escapada de las cavernas infernales, gato cuya cola pisa desventurado pie, que vuelva contra su adversario con mas violencia que se lanzó la señorita sobre el alegre alcalde. Vió el magistrado las agudas uñas cerca ya

de sus ojos, oyó los penetrantes chillidos que le taladraban el cerebro á traves de la oreja, un pánico terrible se apoderó de su alma. Levantó la mano á los confines del sombrero, se le encasquetó hasta la nariz, y sacando los codos hácia fuera, estableció dos ángulos salientes de una fortificacion tan inespugnable como pudiera inventarla el ingenio constructor de Vauban. Una columna de granaderos no hubiera abierto por alli brecha. Pero no habian aun acabado los infortunios de la noche. Cayó la torcida desde las faldas de la señorita en un san Martin de papel á caballo que adornaba el palco. El santo bendito y su troton ambos quedaron reducidos á cenizas, lo mismo que los moros que tenia á los pies, los árboles y pájaros, guirnaldas y barandas. Se comunicaron las llamas de palco en palco, se pegaron á las cortinas, empezó á arder la madera, y todo quedó en un instante envuelto en fuego y humo.

Aunque no era la conflagracion peligrosa, por ser de piedra el edificio y a-

bierto por todas partes, Cárlos y sus amigos se pusieron espeditivamente en el aire libre para escapar ahoguío, sino asamiento. Asi concluyó la comedia. El señor de Guzman juró por la laguna estigia no concurrir jamas á sitio alguno adonde hubiese respirado Praxiteles.

CAPITULO V.

Dejad los dulces regalos
Y el blando lecho dejadle;
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba
Dejar el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
Al arma, capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

Romancero.

—¿Y no podré conseguir detenerle á usted conmigo siquiera cuatro ó cinco dias, mi querido estudiante? preguntó el erudito de Guzman á Cárlos al tomar á la mañana siguiente el chocolate.

— No podria gozar de mayor gusto que el de aceptar tan grato convite, respondió Cárlos; pero sabiendo usted como sabe las razones que me llevan á Sevilla, no creerá estraño que me resista á posponer el viaje. ¿Cuándo le fue lícito

á un caballero de nuestra edad obrar con indiferencia en un *affair de cœur?*

—¡Superlativamente cierto! No hay delicia sublunar que deba anteponerse por un bizarro jóven á los negocios de su dama. Sin embargo, la seguridad de su individuo y hombre fisico de usted merece tal cual consideracion, pues no ha de darse todo al alma mientras la tenemos de inquilina del cuerpo. ¡Le envidio á usted su historia y aventuras! Supongo que no me habrá usted solo confiado la verdad, sino toda la verdad; partiendo de cuyas premisas puedo juzgar de su situacion de usted tan bien como usted mismo. Deténgase, pues, hasta la vuelta de un correo que en posta despacharé á Sevilla á un pariente é íntimo amigo mio. Él se informará de todo, y me dirá sin tardanza si puede usted ó no presentarse en aquella ciudad, ó si en hacerlo asi peligrará su vida.

—Crea usted sinceramente, buen caballero y amigo, que cada palabra suya enciende una nueva llama de gratitud en mi

pecho. Yo pospondria gustoso mi partida sino estuviera resuelto á ir á Sevilla, sean cuales fueren los peligros del viaje.

—Pues que está, segun eso, decidido que ha de emprender usted su marcha esta misma mañana, dijo con sentimiento el de San Juan, permítame usted darle una recomendacion que espero le será útil.

Mientras Cárlos y Alberto se preparaban para el camino, el señor de Guzman escribió y cerró su carta. Se separaron poco despues los nuevos amigos con mil bondadosas espresiones, Cárlos deseando al caballero lograse descubrir medallas antiguas por centenares, de Guzman diciéndole á Cárlos con cierta sonrisa satírica: *Vituperanda est maxime tua incuria.*

Los viajeros hicieron por acercarse á los arrabales de Sevilla una mañana muy temprano para poder entrar en la ciudad sin ser vistos. Llegaron hasta la puerta de Carmona, cuando inesperadamente vió Cárlos al acartonado escribano de su pue-

blo, paseándose muy despacio al traves de la puerta con una capa nueva en las espaldas. Los ojos de este funcionario estaban por fortuna fijos en el suelo como si buscase algun alfiler que se le hubiese perdido, ó contara las chinitas que por tierra habia. Su postura impidió al escribano ver á Cárlos ni á su compañero; pero estos tuvieron que volverse, apartándose lo bastante para no ser reconocidos.

— Poco despues de esta honrosa retirada empezó á salir gran cantidad de gente por la puerta de Carmona, estendiéndose por el camino y prados adyacentes. Alberto le preguntó á un campesino el motivo de aquella concurrencia. La respuesta fue otra pregunta. — ¿Le parece á su merced, señor hidalgo, dijo el de las polainas, que nos chupamos aqui el dedo? ¿pues quién ignora que toda la tropa y nobleza de esta muy noble y muy leal ciudad sale hoy á la revista del invicto general Landesa? A otro can con ese hueso, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus.

El sonido de los clarines anunció desde lejos la llegada de las tropas.

Cárlos y su compañero se entraron en un olivar, adonde podian permanecer ocultos espectadores de la parada. Cuatro soldados y un cabo de á caballo se presentaron los primeros, vestidos de monstruosas casacas amarillas, con formidables sombrerazos de tres picos y desmensuradas botas de montar. Las armas, espadas de mas de la marca; los adornos coletas tan largas como tres hojas de Toledo, y bigotes tiesos y empinados casi tan largos como las coletas. Iban estos campeones de batidores, precediendo á cierta distancia la cabeza de la columna. Ocho trompetas seguian en caballos blancos acompañados de cuatro timbaleros. Un anciano caballero de plateada cabeza, tambien vestido de amarillo, pero con pecheras y vueltas de costoso encage, con cruces é insignias de gefe, montaba un soberbio bridon, mandando el regimiento de la reina, que medianamente armado y disciplinado salió de la puerta de Carmona. Dos ginetes

acompañaban al coronel, uno el ayudante y otro el capellan del regimiento. Despues de este cuerpo venian en un brillante grupo de oficialidad á caballo el general y su estado mayor. Marchaba la columna por junto al olivar en que habian entrado Cárlos y su amigo. No dejó de causar un repentino sobresalto á nuestro héroe la vista del general, en quien reconoció el mismo gefe que acompañando á la marquesa del E. habia reclamado en la cárcel como suyo el pañuelo que le robó Tragalobos. La música de nuevos clarines, un acompañamiento mas armonioso de timbales resonó precediendo á la real maestranza de caballería. Veinte músicos negros componian la banda de este brillante cuerpo. Iban vestidos de grana bordada de plata, y á caballo en bellos palafrenes blancos, domados para este especial servicio. Las trompetas y timbales estaban adornados tambien con telas de sedas bordadas de plata. Los dos picadores iban á diez varas de los músicos, dando pruebas en

soberbios caballos negros de las mejores razas de Andalucía. Dos maestros de armas seguian vestidos de completa armadura, los ricos penachos de sus yelmos ondulando libremente por el aire como las crines de su caballos; las doradas hebillas y clavos de oro de los petos quebrando los rayos del sol, y dispersándolos por el aire en mil deslumbradores esmaltes. A veinte varas de distancia de estos meniales marchaba la flor de la nobleza sevillana haciendo alarde del lujo mas espléndido que la sencillez militar puede admitir, y de aquella equitacion perfecta que siempre la ha hecho célebre. Pasaban de doscientos los caballos. Ninguno parecia mover la mano para reprimir la impaciencia del ardiente bridon, que ora alzando los fuertes y ligeros brazos, ora contrayendo todos sus músculos y miembros, trotaba ó galopaba en reducidísimo trecho sin separarse un ápice de la línea. Avanzaba el escuadron en divisiones de á cuatro con marcial elegancia y lentitud caballerosa. Un cuer-

po de mil ginetes, armados de punta en blanco, seguia al de los maestrantes. Se componia de pages, escuderos y otros dependientes, costosa y uniformemente decorados; las casas á que pertecian se indicaban por los colores de sus plumas y las armas bordadas en las mantillas de los caballos. Tres batallones de infantería, con uniformes blancos, formaban la retaguardia. Iban armados de ponderosos mosquetes ó fusiles, y bayonetas de prodigioso tamaño. Un coronel y varios ayudantes á caballo iban á la cabeza de la infantería. Cuando pasó el segundo batallon, sobrecogió á Cárlos otra emocion de sorpresa reconociendo en su sargento mayor al capitan que disputó á los presos la salida de la cárcel, y cuya espada llevaba él mismo á la cintura.

Cuando hubo pasado el último militar se retiró Cárlos á ciertas ruinas de una iglesia ó ermita que dentro del olivar estaban. Alberto fue entre tanto á la ciudad para preguntar por la habitacion

del caballero á quien venia dirigida la carta del señor de Guzman. No tardaron en hallar la casa, por ser la de don Lope Grañina de Portocarrero, uno de los primeros nobles de Sevilla. Estaba éste en la revista cuando llegó Cárlos con Alberto, pero se les recibió urbanamente para que esperasen en una sala de la casa. Las herraduras de varios caballos resonando por el patio anunciaron despues de algun tiempo la llegada del señor de Grañina, quien sin dilacion alguna recibió á Cárlos.

Ascendian dos ramales de una escalera de mármol á una suntuosa galería cubierta de pinturas de los mejores artistas, y enriquecida tambien con estátuas antiguas y algunas modernas de esquisito gusto. Llevaba la galería al salon adonde don Lope Grañina de Portocarrero estaba descansado en un sofá. Vió nuestro héroe con gozosa sorpresa que era aquel jóven caballero el mismo oficial que mandaba por la mañana uno de los batallones de infantería, el mismo que

resistió la salida de los presos de la cárcel, y á quien él habia defendido. Se adelantó el oficial á recibirlo con abierta y estendida mano, y al acercarse esclamó con no pequeña sorpresa: —¡Por Santiago! ¿Es posible? Y abrazando á Cárlos con no menos dignidad y franqueza continuó: infinito me alegro, señor don Cárlos, de tener esta ocasion en que manifestar á usted mi agradecimiento. Conozco parte de su historia de usted y de sus aventuras. Nuestro mutuo, cuidadoso y buen amigo de Guzman me ha dicho algo de eso, y de la intencion que usted tenia de honrarme con una visita. Con este objeto me mandó un espreso que llegó aqui ayer por la mañana. Mucho, mucho, mucho me regocija la identidad que veo entre el recomendado de mi primo y el caballero que salvó mi vida espodiendo la suya.

Cárlos dijo algunas palabras que le sugirió su modestia, y encendiendo un cigarro continuó el señor de Grañina con desenfado militar:

— El escalamiento de la cárcel, con las circunstancias gravosas que le acompañaron, es cosa de todos los demonios. Mucho me temo que á pesar de mis buenas intenciones no he de poder hacer cosa alguna en favor de usted hasta que permita Dios que suba á la horca nuestro excelentísimo señor capitan general interino. Hablo de don Dionisio Landesa de Castrofuerte, á quien usted dice que conoce de vista.

— Si esa es la condicion, me parece, dijo Cárlos, que no tendrá don Dionisio empeño especial ninguno en ver mis negocios terminados.

— Él lo sentiria tanto como se alegrarian otras personas; pero yo, por mi parte, puesto que de fijo ha de acabar en horca ó tablado, querria apresurar los preliminares.

— No conozco, dijo Cárlos, circunstancia ninguna de ese caballero, ni la influencia que su muerte puede tener en mis asuntos.

— Le hablaré á usted con mi natu-

ral franqueza, suplicándole al mismo tiempo no haga uso de esta conversacion por ahora. El dicho don Dionisio es malvado sin par ni semejante. No se admire usted. Mis palabras son libres, pero exageradas. Este excelentísimo señor general ha sido por muchos años gobernador de una de nuestras provincias americanas. Fue su conducta en el gobierno tan inhumana, tan atroz, que se le llamó á Madrid para responder á varios cargos muy serios. Hasta de traidor pienso que se le ha acusado, ó por lo menos de tener trato muy sospechoso é íntimo con ciertos emisarios ingleses. Sin embargo, inocente ó criminal, no tuvo mas remedio que embarcarse con su oro para España. Jugó y perdió vastos tesoros á bordo del navío en que venia. ¡Necedad increible la de perder asi su mejor abogado! Con su dinero lo pasaria mejor ahora. Desembarcó en Cádiz con mucho boato, pero sin un maravedí; perversa situacion para defenderse en la corte. Asi, se ha detenido con varios pretestos en Se-

villa, valiéndose para neutralizar las órdenes que vienen contra él de la influencia de un vegestorio, vivo esqueleto y sepultura, distinguido con el título de marquesa del E.

— Tengo el honor de conocerla, dijo Cárlos.

— El *honor* tal vez tendrá usted, pero positivamente carecerá usted del *gusto*. A este espectro y sombra vana de la pasada marquesa pudo, admírese usted de esto, inducirlo en una especie de asqueroso enredo de amor, y en parte por el favor de ella, y en parte por la influencia de los muy sabios alquimistas de esta ciudad, de quien el general parece muy amigo, ha logrado que le nombre S. M. general interino de las tropas que la nobleza de Sevilla está formando para resistir la amenazada invasion de los ingleses. Hemos recibido con paciencia española este insulto; pero bien sabe Landesa que no ha de llevar al campo caballeros, el menor de los cuales vale por mil hombres como él. Sin embargo, mien-

tras todo esto se resuelve, tiene en los asuntos casi absoluta influencia. Él los dirige como quiere, y poquísimo podemos todos los demas hacer por usted ni por nadie.

—¿Y qué, se mezclan tambien los tales alquimistas en asuntos militares? preguntó Cárlos.

—Y lo que es mas, los dirigen á su gusto. Sin embargo, no hubieran conseguido elevar asi á su excelencia, á no ser por el poderoso influjo de la marquesa del E. Su peso fue de mucha importancia en la balanza. Esta señora distribuye limosnas los miércoles con bastante publicidad y ostentacion; la echa de beata: no le faltan elogiadores que dicen que es una santa, y sobre todo posee el mas pingüe mayorazgo de Andalucía. Pero, entre paréntesis, ¿cómo se relacionó usted con aquel almacen de carmin y blanco, de soliman y de perfumes? Veo que admira usted la moderacion de mi lenguaje.

—Esa señora me visitó y ofreció su proteccion estando preso, dijo Cárlos.

— ¡Va, va! ¿Y no pasó de ahí?

— No he vuelto á verla mas.

— En efecto, ella es bondadosísima y muy amiga de visitar cárceles. Pero tratemos de cosas de mas importancia. Esta casa, señor mio, está convertida en una venta y fonda pública desde que la amenaza é invasion de los ingleses se hizo objeto de séria importancia entre toreros y políticos de taberna; sola gente, que ademas de los legos de las órdenes religiosas, temen que los conquisten los isleños. Mi casa, habiéndose vuelto, como digo, venta, es el lugar de España en que estaria usted menos seguro. Tomará usted por lo tanto posesion de una quinta mia muy cerca de Sevilla, retirada, grande, y adonde hallará usted medios de gozar todos los placeres del campo. Tambien hay un surtido mediano de libros. Vaya usted con Dios, y entre tanto yo me ocuparé aqui eficazmente de sus negocios.

— Acepto con gratitud el ofrecimiento, replicó Cárlos, y me retiraré al cam-

po mientras Alberto, un jóven que viene conmigo, se dedica á ciertos asuntos interesantes que me han traido á Sevilla.

—Sí por cierto. Se me habia olvidado el principal motivo de su viaje de usted. El amor es la mas dañina de todas las deidades, pero no hay quien no sacrifique en sus aras. Mejor enterado me hallaria de este negocio, si hubiera podido entender la epístola de mi docto primo de Guzman. Pero ¿qué quiere usted? No tiene otra delicia que escribir de modo que lo entienda él mismo al escribirlo, y ni él ni nadie despues. Su padre, tio mio lejano, estuvo por mucho tiempo de embajador en diversas cortes de Europa, y sacó á su hijo, muy jóven todavía, de España para que se le educaran por esos mundos de Dios en alto estilo. Ha vuelto el muchacho hace uno ó dos años el mas desaforado pedante que jamas disputara sobre la etimología de un vocablo siriaco. Le revela á usted á la segunda vez de verlo, con estupenda se-

guridad y muy sobre sí, secretos médicos, que honrarian la perspicacia de un Hipócrates; mas versado que san Agustin en la teología; mas que Santelmo en la naútica; y en fin, ni hay ciencia ni arte de que no se considere distinguido profesor. Por ejemplo, escuche usted y admírese de la sencillez con que me dice que tiene usted ciertos compromisos con una señorita, y que estos le traen á Sevilla. Aqui esta su carta. Oiga usted. "El cruel Irsos le lleva á Hispalis. ¡Ah pobre primo! ¡ah mísero de Grañina! ¡Cuánto dieras tú por entender á tu Guzman! Pero me esplicaré. Consume el fuego de aquel dios la morada de su vida. ¿Y adónde vive la vida? me preguntarás tú en la oscuridad de tu mente. La vida reside generalmente, señor primo, en la cavidad del torax, parte interior del diafragma, entre las dos láminas del mediastino." Ahora quiero saber si hay gentil ó cristiano, ó uno que no sea saludador, capaz de entender esta jerga.

—Hagamos sin embargo justicia al

señor de Guzman, dijo Cárlos. Yo no lo conozco mas que por los favores, las atenciones y caballerosa cortesía con que siempre me ha tratado. Sus modales son afabilísimos; su carácter sobre manera halagüeño y afectuoso, y si desciende á esas frivolidades y culteranismo, es antes por pasatiempo que por pedantería.

— Exactísima descricion, señor don Cárlos. Yo quiero muchísimo á mi primo, le quiero como á un hermano, y sé que no tiene España corazon mas noble ni mas sencillo que el suyo. Sin embargo, nos hemos declarado mutua é implacable guerra. Él se burla de mi marcialidad, y yo de su erudicion. Y como la guerra es de palabras, arma que yo conozco apenas, me tiene destrozado. ¿No le aconsejó á usted que se fuese con tiento conmigo, no fuese que por via de diversion le diera una estocada? La verdad, señor don Cárlos.

— Nada, no señor; ni una palabra me dijo de esa propension tan destructiva.

— Es, pues, enemigo generoso.

Despues de algunas otras palabras, Cárlos partió en un coche, con los cristales bien cerrados, para la quinta de Graña, desde donde envió á Alberto con plenos poderes en busca de Tragalobos.

CAPITULO VI.

Todo es amor y paz; las piedras aman
Dando suspiros mudos, y las vides
En alegre silencio amor las casa
Con los soberbios árboles de Alcides:
Las flores se entretejen y se llaman,
Y tu flecha las hiela y las abrasa.
El mismo sol enamorado pasa
Tan risueño el viaje, que parece
Que persigue la Ninfa de Peneo:
Y para ostentacion de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora
Que pintó con su púrpura la aurora.

B. de Argensola.

—¡Hombres, hombres! esclamó suspirando la noble marquesa del E., la patrona de Cárlos en la cárcel, viendo á traves de las ventanas de su espléndida sala de estrado que con rápido vuelo se acercaba ya la noche. ¡Cuántas angustias habeis derramado en este corazon mez-

quino! ¡Cuántas horas de mi vida habeis llenado de amargura! Bajos y astutos en vuestras primeras caricias, cuando temeis que las despreciemos; bárbaramente altivos y desnudos de generosidad en vuestros triunfos. Nada os place ni deleita, sino atormentar el corazon que os ama. ¿Quién viera el esterminio de vuestro sexo, y libre la tierra de tan aborrecibles monstruos!—La marquesa no habria terminado aqui su soliloquio, á no presentarse un lacayo vestido de costosa librea, que le interrumpió anunciando al excelentísimo señor general Landesa. Inmediatamente despues entró este gefe, saludando asi á la dama.

—A los pies de usted, marquesa. Celebro en el alma hallarla á usted tan rozagante y de buen parecer:

—Beso á usted la mano, señor de Landesa, y me alegro infinito poderle volver su cumplimiento.

—¿Cumplimientos yo, hermosa mia? ¿Pues no sabe usted que mi corazon está siempre en los labios?

—Sí por cierto; sé que no hay cosa buena que usted no tenga.

—Esa sonrisa, marquesa, tan dulce como maligna... Pero al fin, sino fuera yo persona de mérito, no hubiese jamas logrado la honra de que me mandase venir á su presencia tan perentoriamente la interesante y fascinadora marquesa del E.

—Vaya, vaya, general; conseguirá usted ponerme insufrible de puro vanidosa, si me hace creer que merezco tan fina y elegante arenga. Ademas, la prontitud maravillosa con que usted ha venido, es nueva lisonja que acabará de deslumbrarme...

—¡Qué crueldad, marquesa! Siempre esa ironía severa que me desconcierta... ¿Pues no sabe usted, muger inhumana, cuántos asuntos de grande momento me han impedido hacer hasta ahora esta visita, cuántos he pospuesto aun por no dilatar mas semejante gusto?...

—¡Qué bien sabe usted, general,

que tiene un orador persuasivo, un escelente abogado en mi corazon! Somos las mugeres tan simples, tan sencillas... Creemos con tanta facilidad lo que se acuerda con nuestros deseos... Mi ternura, por ejemplo, en este instante mismo me recuerda los asuntos de estado que á usted le ocupan, las obligaciones militares que le rodean, y Dios sabe cuántas cosas del mismo tenor...

—Tan ardiente y patéticamente habla usted de su ternura, dulce marquesa mia, que me anima usted á preguntarle de nuevo ¿cómo puede posponer por tanto tiempo el instante de mi felicidad? ¿No tiene usted en su poder concedérmelo, y hacerme el mas dichoso de los caballeros españoles? ¿Por qué, pues, tanta esquivez, tanta crueldad?

—Por piedad, general mio: ¿adónde acabará tan florida elocuencia? El amor le hará exhalar el alma en dulces versos. ¿No me ha escrito usted aun ninguna oda?

—No soy grande versificador, que-

rida mia, pero haré por componer un epígrama acerca del feliz talento que tiene usted para evadir cuestiones.

—¿Para qué, general? No consuma usted su tiempo é imperceptible paciencia en buscar consonantes en el arte poética de Renjifo. Si yo supiera que en efecto la posesion de mi mano le habia de hacer á usted venturoso, tal vez me empeñaria en vencer el desden propio de una dama, de una viuda...

—¿Y qué mas prueba de afecto quiere usted tener, hechicera mia? ¿Qué mas puedo hacer que ofrecer á sus pies de usted mi libertad?

—Hay tantos modos de ver las cosas... Grande sacrificio es el de la libertad; pero puede tener mil motivos diversos. Ambos hemos vivido ya demasiado para poder ser víctimas de un impulso momentáneo y transitorio. Usted quiere darme pruebas de ilimitado afecto; no exijo tanto: altamente satisfecha y reconocida, todo me parecerá poco en su obsequio si me concede un favor cual-

quiera, sencillo, de los que se hacen fácilmente...

—Nómbrele usted, marquesa, y está hecho.

—Esa pronta condescendencia es el mas duro cargo contra mi crueldad. ¿No es cierto, Landesa? Pero yo me corregiré á medida que la palabra se me cumpla. Y por cierto que ahora que está usted ya comprometido no sé qué pedir.

—Repase usted la memoria, dulce encantadora, y tal vez podrá acordarse...

—En efecto, hé aqui una cosa muy sencilla. Pedro Facundo, el gefe de los alquimistas de Sevilla, se ha apoderado fraudulentamente de una muchacha natural de cierto pueblecito de las cercanías. Yo tengo razones especiales para desear verla libre. El caballero que se atreva á sacarla de los encantados castillos de los alquimistas, aquel se hará digno de mi mano. Esta es la gracia que pido. ¿No le encanta á mi noble y bravo Landesa ser el héroe de esta singular y caballerosa aventura?

— ¡Me hechiza solo el pensarlo! ¡No pudiera imaginarse rapto mas delicioso! Solo querria que tuviese presenté mi adorada marquesa que algunos falsos y cobardes calumniadores han logrado poner mi honor en la corte en dudosísima luz; que en consecuencia de este infortunio, no es mi poder bastante, por ahora, para contradecir abiertamente, ni humillar á los alquimistas; y en fin, que aun cuando fuese yo el mismo inquisidor general, aun sería demasiado débil, como un individuo aislado, para burlarlos de ningun modo.

— Perdone mi querido general si me parecen esas evasiones poco airosas. Usted está preparando grandes cosas con los alquimistas; tengo motivos para pensarlo asi, y es público ademas que le sobran á usted valor y perspicacia para salir bien de empeños mucho mas árduos que el que yo le propongo.

— Tiene usted opinion demasiado lisonjera, por cierto, de este su servidor humilde. Sin embargo, preferiria ar-

rancar veinte Brisedas de las manos de otros tantos Aquiles, á un falderillo de las del Pedro Facundo. No porque yo cubriria de ceniza mi cabeza, ni rasgaria mis vestidos si le viese ahorcado, nada de eso. Aun tengo esperanzas de que con todas sus artes é inmunidades vendrá á parar en eso. Pero en nuestras circunstancias y posicion relativa tengo que depender de él todavía, si deseo la restauracion de mis honores y de mi buen renombre. En el instante en que hablamos puede destruirme con una sola palabra.

—¿Es, pues, tan pobre su afecto de usted, que no tiene para costear la menor prueba de su existencia?

—¿Y de qué clase será el suyo, querida marquesa, que me arrastra al precipicio y á la ruina? Razon, razon, ¡muger amable! y ceda ese pecho á mis ardientes votos sin hacerlos pasar por estas pruebas de caldeado hierro.

—De nuevo le ofrezco mi mano al que ponga bajo mi proteccion á la inocente niña que los alquimistas oprimen.

Si usted lo hace, no solo le daré mi mano, sino que se la daré con libre voluntad y duradero agradecimiento.

—Pero, hermosa mia, dijo el general ya con ciertos visos de impaciencia, ¿qué le importa á usted la libertad de esa muchacha? ¿Qué poderosa chispa ha encendido tan grande llama de filantropía en el pecho de mi amada?

—La esplicacion de mis motivos, general mio, de ningun modo allanará las dificultades de la empresa. ¿A qué molestarle á usted con una larga é insípida relacion? Lo que sí se necesita es advertirle á usted, para que obre con circunspecta sagacidad, que el Pedro Facundo tiene corazon de tigre y astucia de zorra. Se apoderó, engañándome, de esa huérfana que vivia bajo mi especial patrocinio... Pero yo agotaré mis esfuerzos hasta sacarla de entre las garras de esa serpiente.

—¿Y con tanta energía y calor toma usted ese empeño, por razones de sencilla, pura y desinteresada virtud?...

— ¿Qué otra razon podria guiarme?

— ¡Cómo me cautivará esa benevolencia en adelante! ¿Qué virtud mas dulce que la generosidad?

— ¡No esperaba yo menos de mi Landesa! Pues que tanto ama usted la virtud, ayúdeme, como le pido, á burlar al intrigante.

— Escúcheme usted un momento, querida marquesa, y no se agravie de mis palabras, esclamó el general, ya con mas calor é impaciencia. He oido con admiracion candorosa las efusiones de esa piedad que á usted la inflama. He oido sus argumentos, y argumentado yo mismo, con inocencia propia de un tierno infante; permítame usted que hable solo dos minutos como hombre. Usted, querida marquesa, rara vez padece, si no estoy tristísimamente equivocado, de afeccion ni ternura de nervios por las calamidades y vejaciones del prójimo. Alguna razon poderosa la obliga á usted, por lo tanto, á aguijarme y comprometerme á un ruinoso sacrificio. La verdad

pura, marquesa. ¿No me despreciaria usted misma si yo le consumara sin saber por qué ni cómo?

—Mucho admiro esa franqueza militar, replicó la marquesa, dando síntomas de reprimida indignacion; mucho la admiro; mas aun que admira usted mi piedad. Usted ha querido rasgar el velo de la urbanidad y el decoro. Sea en buen hora. Tampoco temo hablar descubiertamente. Sírvase usted contestarme á unas cuantas preguntas. ¿Aprecia usted, en efecto, á su pobre marquesa, mas que á cuantas cosas hay en el mundo? ¿Sería imposible inducirlo á usted á que aceptase la mano de otra muger cualquiera que poseyese sus caudales y su influencia pública? ¿Y si la pobre de la marquesa, que usted tanto ama se viera repentinamente destituida de su poder y opulencia, se le olvidarian á usted, ó no se le olvidarian, las calles que á sus puertas conducen?

—¡Ay qué humor tan gracioso tiene hoy la marquesa! esclamó el general

riéndose de malísima gana. ¿Con que quiere usted que riñamos, amor mio? Pues no ha de conseguirlo, mal que le pese. En alguna cosa he de hacer yo mi gusto. Pero dígame usted, angel mio, suponiendo que fuesen adversas mis contestaciones á su interrogatorio, ¿por qué ó cómo ¡en el nombre del cielo! escucha usted las palabras y amor humilde de un hombre cuyo carácter quedaria bosquejado con tan odiosos colores? ¿Por qué cuanto antes no me separa usted de su lado?

—En eso, querido general, hago uso de los privilegios de mi sexo. Ellos me dan el derecho de distinguirle á usted con mi afecto; primero, porque no deberia hacerlo de ningun modo; segundo, por ser usted caballero del todo original, libre de las vulgares trabas de conmiseracion, remordimientos y otras pasiones de ánimo que algunos llaman virtudes. No, no: no se ria usted, que no tiene usted ninguna. Ultimamente, debo confesar mi fragilidad, puesto que usted asi lo exige, y añadir que tambien

le aprecio por su valor, y por las dotes y gracias personales con que plugo á la naturaleza hacerle á usted merecedor de mis favores, á pesar de los oscuros tintes con que los ángeles malos consiguieron pintar su alma. ¿Nueva risa? ¿Imagina usted, hombre cruel, que tan pronta estaria yo á hacerle á usted mi dueño si no sintiera tal inclinacion ni tal deseo? Mas que usted poseerme deseo yo ser suya... Dijo la marquesa, y forzó una lágrima á salir de cada ojo, apretándose para ello un callo contra la esquina del sillon. Tambien se cubrió la cara con un pañuelo de perfumada batista, y continuó despues: — Sin embargo, estoy resuelta á sacrificar mi propia dicha si esa jóven no viene á mi poder. Tal es mi última y firme determinacion.

Se levantó el general lleno de sonrisa, asió la mano de la noble dama, y prorumpió con naturalidad maravillosa en esta súplica: — ¡Apacíguate, amor mio! ¡No pasemos en dolor y amargura estos preciosos instantes!

La bella dama, tal vez intimidada del ardor vehemente de su amigo, le separó con gentileza, preguntándole qué decidia. Dió el caudillo militar dos pasos á retaguardia, fijó por un instante la vista en la alfombra, y revistiendo el rostro de sonrisa, juró por la fé de caballero librar á la muchacha de su cautividad, aunque la defendiese una falange entera de Pedros Facundos. Volvió á apoderarse de las manos de la marquesa, y reconociendo por su mucha suavidad que tenia puesto el guante, se la llevó á los labios. Luego esclamó: —¡A Dios, alma mia! Dió una mirada amorosísima á su bien amada, y se retiró con paso patético, maldiciendo allá en su mente aquella abominable y mal intencionada vieja.

La dama permaneció rogando á los poderes supernaturales ayudasen á su bien amado en aquella hazaña, aun cuando en consecuencia tuviese que acabar la próxsima en la horca.

CAPITULO II.

Comenzaron con bárbaras crueldades,
Intereses, envidias, injusticias,
Los adulterios, logros y codicias,
Los robos, homicidios y desgracias;
Y no contentos ya de aristocracias,
Emprendieron llegar á monarquías.
La púrpura engendró las tiranías:
Nació la guerra en manos de la muerte,
Los campos dividieron fuerza ó suerte:
Dispuso la traicion el blanco acero
Para verter su propia sangre humana;
Y fue la envidia el agresor primero,
Y procedió la ingratitud villana
Del mismo bien, á tantos vicios madre,
Infame hija de tan noble padre.

Lope de Vega.

Sentado estaba en su antigua biblioteca el muy respetable Pedro Facundo, gefe de los alquimistas sevillanos, en compañía de su hermano en reservadas ciencias, el respetable Pedro Gonzaga, ambos profundamente empeñados en muy

interesantes negocios. — Todavía, dijo Pedro Facundo, no hemos aventurado cosa alguna. Podemos avanzar ó retroceder á nuestra eleccion, y con facilidad igual. Las semillas de la conspiracion son nuestras. Nos es dado dar calor á su germinacion, ó resfriarlas y descomponerlas. ¿Hemos de satisfacer los deseos de nuestros superiores, ó conservaremos antes que aventurarla nuestra posicion poco halagüeña, pero segura? Este es el problema.

— En verdad, en verdad, respondió el sabio Pedro Gonzaga de los grandes espejuelos, que en inaudita desgracia nos hemos hundido desde la persecucion de nuestra orden en Portugal. Pero mas profundamente nos sumergiremos todavía si no hacemos esfuerzo alguno para volver á flotar sobre las aguas.

— ¿Y tenemos medios á nuestra disposicion proporcionados á la magnitud de tan grande objeto?

— Indudablemente. Aun podemos, si una séria contienda se encendiese entre

dos partidos, inclinar la balanza en favor del que juzgásemos conveniente. Podriamos conservarnos neutrales, hablar ambigua y misteriosamente mientras el éxito fuese dudoso; y en la coyuntura oportuna, abrazar decididamente las opiniones que prevaleciesen. El triunfo de nuestros favorecidos pareceria deberse á nuestra influencia. Nos guardaríamos bajo pretesto de humanidad y generoso proceder de destruir la fuerza de los vencidos, conservándola por freno de los vencedores. Por estos medios, comunes á la verdad, pues los estraordinarios no son precisos, el gobierno de la nacion ha de caer inevitablemente en nuestras manos, supuesta empero una potente lucha entre dos partidos políticos. La creacion de grandes intereses opuestos, que pudieran llegar á chocar entre sí, deberia por ahora ser para nosotros objeto de sérias meditaciones.

—¿Y qué elementos pueden ponerse en accion para lograrlo?

—Muchos hay. Nuestros cofres de

oro son de todos los mas importantes, pero existen algunos otros. Por ejemplo: —La influencia de Portugal, cuyo gabinete decididamente obrará en nuestro favor, aun cuando no ha mucho dió tan terrible golpe á nuestros hermanos. Por ahora no podemos tener pruebas mas eficaces de la sinceridad de los ministros portugueses, máxime desde el último viaje de Nicasio Pistaccio. Ademas, es su interes hacerlo. — El descontento general y los unidos esfuerzos de Cataluña, Valencia y Aragon. Bien sabido es, que á pesar de sus quebrantos, solo esperan estas provincias un momento favorable para alzarse contra el gobierno.—Estos son elementos que bastarian para llegar, si necesario fuera, hasta la misma guerra civil. Como agentes é instrumentos inmediatos, contamos con el general Landesa, con parte de sus tropas, y un poderoso cuerpo de recios, valientes y bien armados contrabandistas y bandidos, capaz por sí solo de llenar de terror la Andalucía, y de hacer temblar á la cor-

te en la capital misma de Madrid. Sí señor; terror bastante para dar importancia á nuestra interferencia.

—Parece, en efecto, que no son del todo inadecuados esos medios. ¿Pero debemos fiarnos del general Landesa?

—De nadie *debemos* fiarnos; pero de él *podemos*, por ser su ruina inevitable en el momento en que le falte nuestro amparo. Las pensadas conmociones favorecen, ademas, sus intereses tanto como los nuestros. No puede Landesa abandonarnos, ni lo hará jamas, en tanto que su fortuna esté en nuestras manos.

—¿Y de qué pretestos se valdrá Landesa para levantar en su favor los pueblos?

—A cada provincia le recordará sus agravios particulares. La Cataluña y el Aragon, con especialidad, pueden apenas contener su descontento. Aquellos osados é inquietos provinciales, entre quienes tenemos muchos compañeros que los dirijan, proclaman ya abiertamente su resentimiento, diciendo que ¿hasta cuándo han

de esperar la prometida restitucion de sus derechos civiles, perdidos injustamente por la tiranía de Felipe V? Pero estas y otras son injurias locales; las de la nacion pueden pintarse como mucho mayores. Podemos pretestar el poco aprecio que de las cortes se ha hecho durante el reinado del presente Cárlos, y de su antecesor Fernando VI. Esta arrogacion de poder, deberia añadirse que parece aun mas escandalosa en una dinastía usurpadora, que no tiene otro derecho á la corona qne la tolerancia general. Los malcontentos admitirán sin disputarla esta doctrina. El cetro de España deberia, religiosamente hablando, estar en poder de un príncipe austriaco. Jesucristo legó á los pontífices como á sus representantes el derecho de declarar legítimos ó ilegítimos los monarcas; y todos saben que Clemente XI, de piadosa memoria, decidió solemnemente en el pasado año de nuestro Señor de 1710, que el archiduque Cárlos era el solo soberano legítimo de España. Ademas, la impiedad de Fe-

lipe, padre del presente rey, escandaliza aun todos los ánimos cristianos. Todavía se acuerda España de que espelió Felipe de su seno al nuncio pontificio, y mandó cerrar la nunciatura. Hé aqui algunas consideraciones político-religiosas; pero quedan otras muchas de mayor peso. El gobierno de don Cárlos, mas débil, si serlo puede, que el de su débil predecesor don Fernando, lejos de mantener en su antiguo lustre el honor nacional, no ha podido ni aun conservar íntegros sus territorios. La Habana se ha perdido; hoy yace en el poder de los ingleses, con nueve navíos de guerra y tres fragatas. La rica ciudad de Manila, el castillo de Cavite, las galeas de Acapulco, con tres millones de pesos, y finalmente, todas las islas Filipinas han caido, á pesar del heróico valor y de la sangre que costó su defensa, bajo el poder de la gran Bretaña. Si la administracion hubiera decidido la ruina del estado, no podria tomar medidas mas idóneas para consumar este propósito.

— Me felicito, dijo Pedro Facundo, sin mover un músculo de su rostro, al veros tan fundamentalmente enterado de las bases de nuestros planes. El objeto de mis preguntas no era otro que descubrir el grado de importancia que dais á nuestros elementos. Preveo el espléndido resultado de nuestras empresas. No dejemos escapar la crítica ocasion presente. Aprovechemos el estímulo general que causan en España las guerras contra Portugal y contra Inglaterra en que está empeñada la nacion. La nobleza toma por todas partes las armas, y los particulares hablan por todas partes de ejércitos. En tanto, empero, que siga mandando las armas en Portugal el marqués de la Sarria, poco tiene que temer el gobierno del nombrado Lippa de Buchlemburg con todos sus ingleses. No perdamos tiempo en hacer, si nos es posible, que se quite al marqués el mando de las tropas españolas. Si lo conseguimos, volverá España á ser nuestra propiedad malgrado los multiplicados obstáculos que nos rodean. En Sevilla, por

lo menos, debemos considerar abierto enemigo, puesto que no es nuestro ciego amigo, al señor de Bruna, el presidente de la audiencia, hombre de la mayor disimulacion y refinada intriga. Tampoco debemos cerrar los ojos á la supina pero fervorosa y cierta fidelidad de la nobleza andaluza, ni á la inconquistable lealtad del arzobispo de la diócesis. ¿No ha de venir el general Landesa esta noche?

—Asi lo prometió. Entre tanto puede su sabiduría pasar la vista por estos papeles.

Entonces puso muchos pliegos y cartas sobre la mesa, y ambos dialoguistas, armándose los ojos de cristales convexos de dos pulgadas de diámetro, se entregaron á su lectura.

Tenian los alquimistas que jugar un audaz juego para restaurar su pristino poder y consideraciones. Pero el buen éxito de su jugada parecia probable, y estaban por lo tanto resueltos á aventurar alguna cosa para lograr la rica adquisicion de la influencia política. Un mode-

rado golpe á la puerta interrumpió la ocupacion silenciosa de nuestros doctos, y anunció á Nicasio Pistaccio, que con su acostumbrada ligereza de ánimo se introdujo en la biblioteca. Poco despues informó otro golpe á los concurrentes de la llegada del general Landesa, que con forzada afabilidad de rostro los saludó diciendo: — Deo gratias. — A Dios sean dadas, contestó Pedro Facundo; y se sentaron todos cuatro.

Mientras da cuenta el general Landesa en una oracion bastante difusa de los progresos de sus operaciones, del alistamiento de nuevos reclutas *et-cetera*, permítasenos decir dos palabras sobre la posicion relativa de este gefe respecto á Nicasio Pistaccio.

Pertenecia el general á una familia noble, y habia siempre formado parte de la sociedad mas alta de España. Nunca pasó por irreprensible su conducta pública, y mucho menos la privada. Sus talentos para la intriga y su valor personal le sacaron con frecuencia de las di-

ficultades en que le envolvian sus vicios; dificultades que hubieran arruinado á cualquier hombre menos sutil ó mas tímido. Sus circunstancias eran en el momento en que hablamos menos que medianas. Se le habia llamado á la corte, adonde le esperaban numerosos y formidables enemigos prontos á exagerar las acusaciones que contra él obraban de estorsiones y crueldades incomparables; ni aun en los sangrientos fastos de la América. En este estado poco envidiable perdió jugando todo su dinero, sola elocuencia que hubiera podido, si no acabar con las acusaciones, quitarles la deformidad y negro matiz que tan odiosas las hacian. Por influjo de los alquimistas logró el general que se le nombrase gefe de los voluntarios andaluces que á causa de la amenazada invasion de los ingleses se armaban; precario empleo que perderia tan pronto como se nombrase en propiedad un general. Entre tanto se esperaba que manifestase sus conocidos talentos para la organizacion de tropas. De-

pendiente, como hasta cierto punto lo estaba, del poder de los alquimistas, aborrecia de todo corazon á Nicasio Pistaccio, hombre oscuro y desconocido, estrangero, rapaz sin barba todavía, bajo cuya direccion le era forzoso obrar algunas veces. Pistaccio, por su parte, conocia que eran sus talentos infinitamente superiores á los del general, á quien miraba con aquel inefable desprecio con que suelen mirar los pícaros á los que quieren serlo. Apenas se dignaba manifestar ninguna deferencia hácia un hombre á quien consideraba inferior suyo, por noble que fuese su linage, audaz su conducta y marcial su porte.

Era Pistaccio, como se ha indicado, gran consejero, ministro del interior, y confidente secreto de los alquimistas, con quienes gozaba de singular favor. Pero tanto él como sus patrones, tenian que tratar al altivo soldado con aparente respeto, y darle mucha importancia esterior, que él no perdia coyuntura de desplegar caballerescamente para humillar á

Pistaccio. Cuando estos dos ingeniosos personages hubieron recibido sus respectivas instrucciones de Pedro Facundo y su colega, salieron juntos de la biblioteca, y así monologuizó el gefe militar mientras esperaba á Pistaccio, que fue á traerle algun dinero.

—Bien os conozco, respetables y sabios Pedros alquimistas. Mi cabeza pesa poquísimo en vuestras balanzas; pero os engañais como unos negros si ha llegado á figurárseos que carece el general Landesa de sentido comun. Tal vez pensais completar mi ruina. Poco tendreis que hacer, pero guardaos de que yo descubra dados falsos, porque tan cierto como he nacido que le descubro al rey todas vuestras intrigas aunque me cueste la cabeza. Y mi dulce esposa futura, á quien los diablos se lleven, empeñada en que saque de aqui esa maldita muchacha... Pedro Facundo es malvado impenetrable, con quien no tendrian las indirectas mas fin que precaverlo y hacer la cosa mas dificil. Tratar de engañar á los alquimistas, es

sandez que no se le ocurriria á san Simplicio. Pistaccio, su *prora et puppis*, no puedo yo comprarlo; me haria traicion si lo intentara. Hablándole, empero, á este miserable, evito comprometer mi dignidad con los alquimistas, y la pendencia prematura que un desaire podria traer consigo. Que me niegen un favor así por segunda mano, puedo disimularlo; cara á cara no lo sufriré jamas. Pistaccio es mas ladino que el mismo Lucifer. Cuando se habla del ruin de Roma...— Y bien, señor Pistaccio, ¿no es cierto que es usted pagador escelente?

(Pistaccio *entregándole una bolsa de oro y haciéndole una grande reverencia*). Todos somos, señor excelentísimo, muy generosos con el dinero ageno. Espero que hallará su excelencia cabal la cuenta.

—Dígame usted, señor Pistaccio, ¿y no sería usted tan generoso con los bienes inmuebles de los demas como con su moneda? Porque se le debia hacer á usted entonces príncipe de los tesoros.

— No entiendo del todo la pregunta de su excelencia.

— Pues yo bien claro me esplico. Pero veo que tiene usted demasiada pericia para no vencer en retórica á un soldado liso y llano como yo. Tengo, pues, que abandonar todas mis flores y marchar por el camino mas corto. Le pido á usted, pues, señor Pistaccio, me conceda un favor, insignificante en sí mismo, pero para mí de alguna importancia. Seamos buenos amigos; sírvame usted en esta ocasion, y mi gratitud será eterna.

— *Gratitudine non vale danaro*, murmuró Pistaccio allá en su mente, y protestó luego de recio, que á nadie deseaba tanto complacer en cuanto pudiera como á su caro patron el general Landesa.

— Contando, por supuesto, con la sinceridad de esa promesa, amigo Pistaccio, me ha de proporcionar usted medios de sustraer de las manos de los alquimistas una muchacha de quien se apoderaron hace pocos dias. Yo tenia puestos los ojos

en la chica. El asunto no es de importancia bastante para abrir la cabeza de su merced en dos pedazos. Ni es mas que una chanza, como usted conocerá. Estoy picado; y pues que me roba á mi querida, quiero yo recuperarla. ¡Ha! ¡ha! ¡ha! ¡Cómo nos reiremos burlando asi á este viejo pecador!

—Será lance graciosísimo, replicó Pistaccio, escena verdaderamente risueña. ¿Pero en efecto le ha quitado á vuecencia ese pasatiempo?

—Señor Pistaccio, tengo ya muchas canas para que sea útil dirigirme semejante pregunta. Hablo de Isabel, la señorita que usted mismo trajo á esta casa: ¿adónde está?

—¡Ah! ¡La dama de la romancesca historia! Ciertamente yo le serví de escadero cuando vino, como sabe su excelencia que he servido á otras muchas personas. Ignoro si desde entonces continúa ó no aqui.

—Pero suponiendo que esté, como lo está, dentro del edificio, muy facil-

mente... mas... ¡qué necedad entrar en semejantes esplicaciones! ¿Quiere usted, señor Pistaccio, servirme en esto, sí ó no? Respuesta categórica.

—Con muchísimo gusto, señor general.

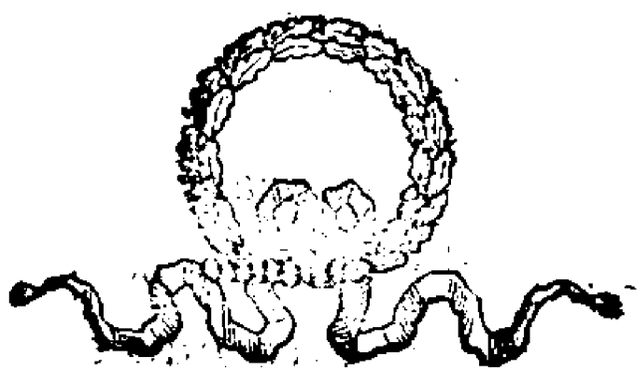
—No perdamos entonces palabras. La primer vez que venga tendrá usted ya sus medidas tomadas para que pueda yo llevarme á mi Elena sin tener que abrasar á Troya.

—Cuente vuecencia con ello, si me es posible.

—¡Posible! ¿Quién lo duda? A Dios, pues, hasta entonces.

—Beso á vuecencia la mano. Grande y empedernido socarron, continuó diciendo Pistaccio cuando se vió solo, debió de ser el maestro que te enseñó ¡oh general Landesa! á conocer el mundo. Debió si no en conciencia volverte tu dinero. Ven acá, Sandio, ¿no sabes que te hallas sin una blanca? ¿no dependes enteramente de las repletas bolsas de estos respetables alquimistas? ¿no es mas cla-

ro que la luz del sol que no teniendo nada que ganar con tu amistad, y mucho que perder con su adversion, venderé tu secreto sin tardanza? ¿Es posible ¡*soldataccio!* que tan necio y mentecato seas? ¡*Corpo. dil Bacone!* ¿Y una muchacha tan linda quieres que la robe para tí, y que no me quede yo con ella? Merecería que me excomulgaran por idiota. Mas has de saber, y mas has de poder, te juró, antes de que hagas un ciego instrumento de Nicasio Pistaccio.



CAPITULO VIII.

A la puente Segoviana
Los dos jayanes descienden,
Asmáticos los resuellos,
Descoloridas las teces.
Como se tienen los dos
Por malos correspondientes,
De espaldas van atisvando
Los pasos con que se mueven.
. . . . . .
Bramaban como los aires
Del enojado noviembre,
Y de andar á sopetones
Los dos estan en sus trece.

Quevedo.

Sabian muy bien los alquimistas que *la plus forte depense que l'on puise faire est celle du temps;* que el tiempo es el solo manantial de la riqueza, y que no prospera quien desperdicia el suyo. Asi, muy de mañana, y cuando yacían aun los perezosos de la ciudad sin razon ni conocimiento sumergidos en profundo sueño,

estaba Pedro Facundo ocupado ya en sus negocios con Nicasio Pistáccio. Los asuntos de estos Pedros se iban cubriendo de ciertas tinieblas que el señor dicho queria disipar á toda costa. Habia el general hallado incorruptibles algunos nobles y sugetos principales, con cuya cooperacion contaba. La enemistad del magistrado de Bruna y del arzobispo eran tambien de mucha consecuencia en el dictámen del alquimista; pero lo que de mas cerca le tocaba era el incierto y voluble carácter del general, sobre quien creía arriesgado reposar su confianza. — El que hace traicion á su patria y á su rey, decia Pedro Facundo, mas facilmente nos venderá á nosotros al punto en que esta bajeza sea propicia á sus intereses. ¿Con qué vínculos podriamos ligarlo estrechamente á los nuestros, y comprometerlo de modo que no pudiera receder? Esta pregunta fue dirigida á Pistaccio.

—No temo peligro inmediato alguno de parte del general, replicó el jóven,

puesto que es su interes patente continuar fiel, á lo menos por ahora. Mas si hay algun peligro, si intenta alguna villanía, no creo que hay poder humano que pueda detenerla. Nuestro gefe militar obrará siempre segun sus deseos. Me parece que las gracias y belleza de Isabel pueden usarse con ventaja. Su excelencia está resuelto á apoderarse de ella. Si viera á esta hermosa niña como de hurto, y de modo que ella no sospechase malicia alguna ni proyecto de nuestra parte, tal vez pediria proteccion al general, porque la gangrena y veneno que tiene este hombre en el corazon no se manifiestan en su semblante. Supongo que no puede el general enamorarse como un niño; pero es aficionado á intrigas brutales, y ella demasiado linda para no causar grande ardor á su fantasía. Una vez ocupada su mente en estos amores, tendrá su razon menos fuerza, será mas facil conseguir que se declare públicamente y en armas contra el gobierno, y quedará comprometido antes de examinar friamente

lo que hace. Todo esto bajo la hipótesis de que la conspiracion va á estallar de seguida; en no siendo asi es menester ahogar sus semillas.

—Ese espediente, señor Pistaccio, es de los mas peligrosos que pudieran imaginarse. Tiene Landesa mucha sagacidad y verá la celada desde muy lejos; tiene ademas muchos años, y no es de suponer que modele sus proyectos segun los ojos de las mugeres. Evitemos que sospeche nuestras miras. Por otro lado, la vehemencia del general, respecto al robo de Isabel, no sale de su pecho, sino que es inspirada por la marquesa del E. No dijo la verdad cuando habló de ella, pues que no la conoce de vista; mas aun, la misma marquesa no ha visto á Isabel nunca. Facilísimo sería, por lo tanto, dejar que nos arrancase de las manos alguna muchacha bien enseñada que dijese se llamaba Isabel, y pasara por la niña en cuestion; pero no debemos hacerlo. La cooperacion de la marquesa es, por lo menos, tan importante para nosotros co-

mo la del general. Conozco por larga esperiencia las pasiones violentas de esta noble dáma. Su influjo en Andalucía se consagrará al buen éxito de nuestros planes, en tanto que esté en nuestra mano tan buen instrumento como Isabel. Si esta muchacha, objeto de los zelos mas rencorosos de la marquesa, llega á caer en sus manos, no tendrá entonces la del E. la mitad de los motivos para ayudarnos que ahora la fuerzan á ello. Yo leo correcta y profundamente en el alma de la marquesa. Nos amenazará, nos insultará, pero sin abandonarnos nunca mientras usemos con destreza el talisman poderoso de Isabel.

— ¿Y no se separará de la liga esta noble señora, aun cuando pierda toda esperanza de apoderarse de su presa?

— Entonces sí que romperia con nosotros para siempre. No debe ser asi. Alimentemos sus esperanzas sin satisfacerlas. Vea, pues, el general á Isabel, pero de modo que no sufra esta la menor injuria, ni les quede siquiera la mera *posi-*

bilidad de fugarse. Acabemos por ahora la conferencia.

Salió Pistaccio á buscar al general Landesa, dirigiéndose para ello al lugar adonde solia concurrir aquel gefe al medio dia, asi como los mas de los nobles sevillanos. Era éste una perfumería servida por una lindísima muchacha, en cuyas aras cada circunstante sacrificaba un requiebro al entrar y otro al salir. Por la tienda se pasaba á un corredor oculto terminado por una puertecita que se abria por dentro á cierta señal, daba á una escalera de caracol, por la que despues de varias puertas y corredores se entraba en una sala de juego. El general Landesa tallaba, y segun las muchas onzas que apiladas tenia entre los paquetes de cartas, madama fortuna estaba en su favor. No se ganaba una carta, y estaba cada punto hecho una furia, habiendo ya llegado á aquello de préstamos y de empeñar sortijas y relojes. Nuestro general lanzaba de tiempo en tiempo una alegre mirada sobre los rostros

de sus asociados, cuyos músculos vibraban á impulsos de la desesperacion. Pistaccio solo apuntaba por cortesía hácia el general una peseta de cuando en cuando á la descargada, ó séase en frase técnica, á la oreja. Nadie sabe lo atentos y bondadosos que son los jugadores y la fé que se guardan.

Habia entre otros muchos perdidosos un jóven de estos que suelen decirse mal encarados, que á una seña de Pistaccio se acercó á él sin que nadie lo viese, escuchó al oido una palabra del italiano, recibió de él una bolsa de oro, y fue á sentarse al otro lado de la mesa. Sacó de la faltriquera la bolsa como si siempre hubiese sido suya, y se puso á apuntar. Como eran tan crecidas las sumas que el general tenia delante, no se advirtieron las primeras ganancias del jóven. Su certera sagacidad empero presto se hizo visible; cambió la fortuna de capricho, y se volvieron al venturoso punto todos los ojos. Paró el general un instante, y se puso á mirar fieramente al

jóven, que le contestó con otra mirada no menos repulsiva. Landesa arrojó las cartas por el aire con no disimulada indignacion, recogió el poco dinero que ya le quedaba y salió furiosísimo y sin despedirse de nadie.

Pistaccio siguió al general, despues de haber recibido en un cuarto oscuro de junto á la puerta su bolsa de seda y la mitad del dinero ganado por ella. Encontró al general en la calle, paseándose impacientísimo por la acera, jurando y maldiciendo entre dientes. — Yo le cortaré las manos con que me ganó el dinero, le dijo á Pistáccio. Yo sufro mis pérdidas tan pacíficamente como cualquier otro, pero me repugna verme robado por un pillastron como ese, que vive de nuestra limosna y no tiene mas oficio ni beneficio que pasar la vida en una casa de juego. Yo le haré confesar quién le dió el santo. Alguno de mis compañeros me ha vendido.

— Asi lo sospecho yo tambien, dijo Pistaccio, aunque pudo descubrir casualmente el juego...

—Los demonios mismos del infierno no lo hubieran descubierto. Pero con Landesa no juega nadie. Veremos.

Mientras pasaba esta escena en la calle, el jóven, objeto de la conversacion, perdió tallando el oro que por aquella rara y favorable casualidad habia adquirido. Bajó la escalera frenético de cólera, con encendidos é iracundos ojos, lleno el pecho de gemidos y de maldiciones la lengua. Pasó rápidamente por junto á Pistaccio, ciego de pasion y sin reparar en cosa alguna. El general le hizo volver á su sentido tirándole violentamente del brazo, y diciéndole con tremenda voz: —No se me escapará usted tan fácilmente, seor tunante.

—¡Escapar! repitió el mancebo, los ojos chispeándole de desesperacion y contento de hallar una víctima para su saña. ¡Escapar yo! repetia con risa de desprecio: ¡que un rayo del cielo me parta si otra cosa deseo que hacerle á usted pedazos!

—¡Adelante! gritó el general Lan-

desa con voz ahogada por el orgullo. — ¡Adelante! dijeron simultáneamente ambos antagonistas, saliendo con larguísimo paso de la calle. Pistaccio los siguió desde lejos. Al verse en el campo libre se redoblaron los insultos. Llegaron á un olivar poco distante de la puerta de Carmona, y entraron en las ruinas de una ermita que en él habia, las mismas en que se habia Cárlos ocultado cuando volviendo á Sevilla salian las tropas de la ciudad. Apenas tuvo tiempo el general para desnudar la espada, cuando ya le estaba fulminando la de su adversario por cima de la frente con increible rapidez y fuerza. Pistaccio creyó que habia llegado la hora de Landesa. El gefe, empero, conservaba impenetrable guardia, presentando á su adversario las líneas esternas de un plano formado con su cuerpo y espada, y volviéndose en el centro de un círculo cuya circunferencia recorrió mil veces su contrario. Se cruzaban las hojas como exhalaciones de fluido eléctrico. Se retiraban y unian los comba-

tientes con ardor redoblado y nueva furia, hasta que abandonando el mancebo en su frenesí las reglas del arte, levantó el brazo sobre la cabeza del general, que friamente le sepultó en el cuerpo la bruñida espada hasta la guarnicion. Sacó el hierro teñido en amoratada y humeante sangre, y aun no satisfecho, con horroroso crujido traspasó otra vez las entrañas del vacilante rival, cuya mano aun amagaba heridas, aunque los pies no pudieron sustentarlo por mas tiempo. Cayó con la izquierda mano enclavijada, trémulos sus músculos, convulsivos todos sus miembros, y empezó á revolcarse en un charco de sangre.

Hubiera el general levantado aun la mano impía contra un enemigo cubierto del manto de la muerte, pero le detuvo Pistaccio. El moribundo mancebo dirigió á su homicida una mirada horrorosa; pero una especie de opaca nube le quitó la vista. Entreabrió los labios, separó los dientes, y pronunció el nombre de Dios, ó por penitencia ó por blasfemia; pero

un raudal de sangre le llenó súbito la boca, ahogándole en ella las palabras. Con un profundo y prolongado gemido y un fuerte sacudimiento nervioso, acabó el jóven sus padecimientos, y pasó su alma á la eternidad.

Las facciones del general Landesa permanecieron contraidas y amenazadoras; sus ojos se volvian frenéticamente en derredor, y la enrojecida espada aun vibraba en el aire cual si provocase al cielo y á la tierra. Al fin volvió el acero á la vaina, y cruzando los brazos sobre el pecho, preguntó con grande compostura á Pistaccio: — ¿Y ahora, señor mio, *quid faciendum*?

— Dios lo sabe, contestó Pistaccio. Por el pronto separarnos de aqui sin dilacion. Nadie ha visto esta desgracia, y es probable que no tenga consecuencias ningunas.

—¿Pero la parentela del pillastron ese, no tratará de hacer averiguaciones acerca de su muerte? Preguntó el general marchando con lentitud junto á Pistaccio.

—¡Parentela! esclamó su compañero afectando grande risa y ligereza de ánimo. No tenia el pobre diablo mas familia que una esposa pálida y enferma, á quien habrá hecho padecer tanto en vida, que puede apostarse á que da gracias al demonio y á su excelencia que se dignó desterrarlo á otro mundo. Tambien deja tres niños huérfanos; pero el mayor no tiene aun seis años. Por ahí puede congeturar su excelencia el poder de sus enemigos.

Ya mas de prisa, y sin hablar una palabra, volvieron los feroces compañeros á Sevilla, y entraron en casa del general, que obligó á Pistaccio á quedarse á comer con él. Mientras se ponia la mesa, limpió con mucha compostura la hoja de la espada, diciendo que era de Juan de Maya, y que no querria que se le echase á perder por todos los cucos del mundo. Algunas botellas de manzanilla restablecieron á los ánimos del general y de su huésped la acostumbrada elasticidad y desembarazo.

Acabada la comida, y profundas y multiplicadas libaciones que la acompañaron, dijo el general: — Casi se me habia pasado de la memoria el asunto de Isabel. ¿Cuándo será mia? De nada tengo ahora tanta necesidad como de una niña que me divierta.

— Lo que es por hoy, *amato padrone*, es imposible que vuecencia se apodere de ella. Algo tenemos adelantado; pero el paso definitivo no puede darse sin tocar resortes que exigen tiempo y cordura.

— Lléguela yo á ver, señor Pistaccio, y deje usted á mi cargo lo demas. La misma capilla del papa no le servirá de sagrado; yo respondo.

— Yo me esforzaré en proporcionarle á vuecencia ese gusto.

— No me gustee usted á mí, señor Pistaccio, ni me ande con gusto ni placeres, replicó el general con harta vehemencia. Ya soy yo muy viejo para que se me entretenga con palabras.

— Y yo muy jóven, señor general,

para sufrir la impetuosidad de nadie. Ya yo he dicho á vuecencia que haré cuanto esté de mi parte. Si tienen buen éxito mis planes, verá á Isabel esta misma noche.

Mientras pronunciaba Pistaccio las últimas palabras, por via de modificacion del sentido de las primeras, estuvo el general con una botella en la mano, dudando si se echaria á reir, ó si se la dispararía á Pistaccio á la cabeza. Se decidió al fin por la paz, y replicó afablemente: —Permita usted hablar con franqueza, si gusta, á un amigo de usted, soldado sencillo sin formas ni disfraces, y que pudiera ser su abuelo. Si está usted pronto partamos.

Salieron, pues, para la casa de los alquimistas, adonde tenia Pistaccio una habitacion tan cómoda como lujosa. En esto pidió el jóven al general le aguardase, mientras iba á disponer las cosas necesarias para llevar á cabo su proyecto. —Pero hágame usted el favor de no tenerme mucho tiempo de centinela, re-

plicó el excelentísimo, y no olvide usted, señor Pistaccio, que no estoy dispuesto á sufrirle á usted ninguna de sus graciosidades ni chanzas pesadas. Acuérdese de esto, le pido, ó yo le haré que se acuerde.

Pistaccio acortó el paso, dudando probablemente si daria ó no la merecida respuesta á aquellas amenazas; pero la última proeza del general estaba tan presente en su imaginacion, que se levantaron pidiendo paz hasta las mas remotas partículas de su prudencia. Continuó, pues, en su mision, medio sonriendo, medio maldiciendo al asesino.

Cuando se vió solo, cruzó el general los brazos sobre el pecho, y comenzó á pasearse tranquilamente por el cuarto, pronunciando entre dientes algunas inconexas cláusulas. — ¿Al fin, qué culpa tenian, dijo, su muger y sus tres niños? ¡Asesinar así un infeliz, cuyo corazon y cuya vida estaban puestos en unas cuantas piezas de oro para comprar pan

á sus hijos!—Aqui se paró el general un instante para limpiarse el sudor frio que fluía de su frente. Luego continuó: — ¿Y es posible que yo, que el general Landesa esté asi esperando á un miserable lacayuelo para satisfacer el capricho de una vieja detestable? Sin duda he perdido el juicio. ¡Cuánto mas racional no fue el viaje de Sancho Panza al Toboso en busca de Dulcinea! Pero si llego á casarme...

El ligero paso de Pistaccio interrumpió el soliloquio. — *Premete, premete, caro mio padrone.*

Siguió el general los sonidos, mas bien que la forma de Pistaccio, casi invisible en la oscuridad. Muchos estrechos y encrucijados corredores, subidas y bajadas sin cuento hubieron pasado antes de llegar á un sitio en que suplicó el conductor á su conducido levantase la vista, y se descubrió á grande distancia del suelo cierta refulgencia causada, al parecer, por algunos rayos de luz que penetraban por una altísima claraboya

practicada en la pared. — Esa abertura, dijo Pistaccio, cae al cuarto de Isabel; solo este paredon nos separa de ella. Vuecencia suba, si gusta, por esta escalera de mano, examine el local por sus propios ojos, y tome para el rapto las providencias que le parezcan convenientes, seguro de que yo emplearé en ayudarle á practicarlas todos mis esfuerzos.

Landesa subió sin detenerse por la escalera de mano, maldiciendo desde lo mas profundo de su alma á la marquesa del E. que lo comprometia á hacer aquellas necedades indignas de un cadete. Llegó, en efecto, á la claraboya desde donde se descubria la estancia de Isabel.

Estaba arrodillada ante una imágen de la Vírgen, cruzadas las blancas manos, vuelta la cabeza hácia los cielos. Descendia la negra cabellera por su cuello y espaldas en sueltas y descuidadas ondulaciones. Su frente, sobre la cual derramaban abundante luz dos velas de cera, parecia radiar inundada en celestial confianza. El ático perfil de su ros-

tro descubria con ventaja su fascinadora belleza por la favorable distribucion de la luz que lo bañaba. Un artista entusiasta no hubiera deseado mas perfecto modelo para ejercitar su pincel en los hechizos del claro oscuro. Estaba vestida de negro, respiraba gentil y suavemente, y parecia absorta en la oracion. Era la sala en que la habian aprisionado tan lóbrega y dilatada, que apenas podia descubrirse á la luz de las velas la pared opuesta al altar.

La vista de Isabel deslumbró al general Landesa. Su actitud, su hermosura, su humillacion, su confianza en el auxilio divino, habian ennoblecido su aspecto y elevádolo sobre toda sublimidad humana. Un sentimiento como el de la simpatía ó la conmiseracion se apoderó del general; y al mirar fijamente á Isabel, parecia que su adamantino corazon se ablandaba. Creyó ver á la Religion en comunion santa con el cielo, y afectaron por un instante su alma la ternura y la benevolencia. Una voz dulce

y sonora, la voz de Isabel, se oía á veces en ferviente plegaria. — ¡Reina del cielo! decia: ¡tú, cuyo trono sostienen coros de arcángeles y serafines, dígnate volver tus ojos misericordiosos sobre aquel que tantas aflicciones sufre! ¡ampárele tu clemencia! ¡si aun se cuenta en el número de los vivos, permite que por el sendero de la caridad y virtud cristiana llegue á la ventura eterna!

Las luces se apagaron entonces repentinamente, y quedó todo envuelto en oscuridad y silencio. Pasó esta vision súbitamente por los ojos del general; y al bajar la escalera con trémulo paso, esclamó: — ¡Dios eterno! ¿Será este tu aviso! — ¡El aviso de Dios! replicó una voz que permaneció reverberando por mucho tiempo bajo las bóvedas del edificio. Landesa asió mas fuertemente la escalera, y preguntó al llegar al suelo á Pistaccio que le estaba esperando: — ¿Quién hay en este cuarto?

— Nadie que yo sepa, contestó Pistaccio, á no ser nosotros dos. Vuecencia

me vió abrir y volver á cerrar con llave, y no tiene ninguna otra puerta, ni habia nadie cuando yo vine solo á examinarlo.

—Dígame usted, señor Pistaccio, ¿me tiene usted por algun niño de cinco años?

—Antes pienso que vuecencia se imagina que yo lo soy.

—¿Con que no acaba usted de oir aqui una voz que todavía resuena?

— Vaya, vaya, general, creo que está vuecencia de broma, y gusta de divertirse á mis espensas.

— Nadie acaba, pues, de hablar...

— Tal vez, señor excelentísimo, estaré yo sordo, pues no he oido mas voz que la de vuecencia.

— ¡Adelante! esclamó el general. Y mientras desandavan el tortuoso camino por donde vinieron, traspasaron su memoria cual otros tantos encendidos relámpagos las imágenes de cuantas crueldades y estorsiones habia cometido en su vida. Mas de una sombra cadavérica parecia interceptar sus pasos, y prominen-

te entre ellas la del infeliz que aquel mismo dia acababa de inmolar. Al salir al aire libre esclamó para sí: "¡Qué necedad! ¡cómo si hubiera el cielo de ocuparse en hacer milagros para convertir un monstruo como yo! ¡ni por un mundo de Landesas! ¡Todo efecto del maldito manzanilla, que al punto se sube á la cabeza!" Y luego en alta voz: —Pues, señor Pistaccio, le confieso á usted que es la muchacha una diosa. Ya yo estaba resuelto de antemano á apoderarme de ese tesoro ¡lo que es el mundo! por complacer á una odiosa vieja; ahora me reitero en la misma idea, y la libertaré á pesar del infierno entero para hacerla dichosa conmigo. Casi casi me parece que estoy tentado á casarme con ella, hacer una accion buena, y volver á la virtud despues de una ausencia de veinte y cinco años. Con que niño, ¿podemos entrar en su cuarto esta misma noche?

—¡Santos cielos! Habla vuecencia de estas cosas como si mis respetables y honrados patrones, los alquimistas, fue-

sen infantes ó tontos. Con toda mi travesura, con todo mi conocimiento de esta casa, aun no he podido descubrir quién tiene las llaves de ninguna habitacion que salga á la de Isabel. Taladrar una pared de piedra de cuatro pies de espesor, es otra imposibilidad...

—No me deslumbra ninguna de esas dificultades. Si en lugar de un tabique fuera la muralla de la china, aun me pareceria de papel. ¿Cómo trajo usted aqui á la muchacha?

—En un coche que entró hasta el patio de la fuente.

—¿Y luego?

—Le pedí me acompañase al despacho del señor de Bruna, en cuya casa creía ella estar. Subimos por una escalera de mármol, entramos en una antesala, y le pedí me aguardase hasta advertir de su venida al magistrado. Entré en la sala. Pedro Facundo me aguardaba en ella; desde entonces no he vuelto á ver ni á oir cosa alguna de la dichosa señorita.

—¿La visita Pedro Facundo? opinion franca.

—No señor.

—¿Quién es el llavero principal de esta maldita casa?

—Le juro á vuecencia por mi honor que no sé. Ese es puesto de confianza, y los alquimistas mismos ignoran generalmente quién lo desempeña. Sin embargo, diré á vuecencia lo que he podido traslucir acerca de eso. Cuando hay aqui alguna persona detenida, ó lo que es mucho mas comun, cuando hay que enviar algun preso á otra casa de las ciudades subalternas, se valen los alquimistas de un hombre que solo interviene en estos negocios.

—¿Y á qué viene toda esa complicacion?

—Porque si los alquimistas fuesen ellos mismos los carceleros, y los reconociese algun preso por las insignias de la orden y logrará este preso fugarse, ¿cuánto daño no podria hacerles? Isabel, por ejemplo, no sabe en este mismo instan-

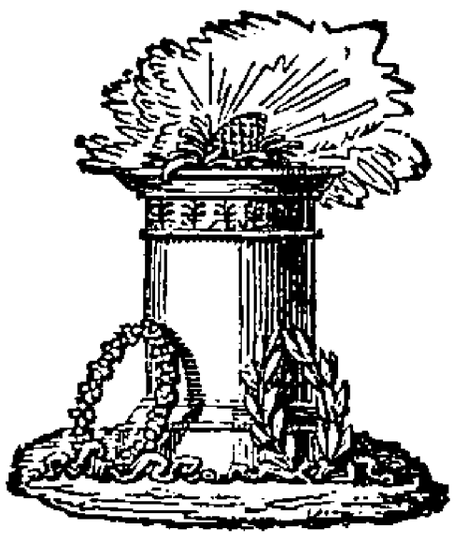
te que está metida entre alquimistas. A mí me conoce personalmente; pero vuecencia ve cuán diverso es mi trage del que usan los señores que me patrocinan. Las personas que sirven á Isabel son todas de mi clase, y van siempre enmascaradas; no hay entre ellas alquimista alguno. A lo menos asi se hace con los demas presos que se ven aqui como por encanto, sin poder congeturar de modo alguno adónde se hallan, cómo ni de qué manera. Un hombre interviene en gefe, cómo digo...

--¿Y quién es ese potente personage?

--Ni mas ni menos que el principal agente de vuecencia acerca de los bandidos y contrabandistas, el célebre tio Tragalobos... Pero use vuecencia con discrecion de este secreto; obre sin dar á entender de dónde adquiere sus noticias, pues sabe que depende de estos señores alquimistas mi subsistencia...

--¡Va! El tiempo es precioso. Parto en busca de Tragalobos. Gracias por los favores, y á Dios.

-- Beso á vuecencia la mano. ¡Gracias á Dios que logré dirigir tu atencion hácia otro punto! Ya Tragalobos está avisado y te espera, general maldito; que eres mas duro de cabeza y mas obstinado que un asno, y mas duro de corazon y mas sanguinario que un tigre.



CAPITULO IX.

No ha visto usted nunca la pintura de nosotros tres?

Shakespeare.

No eran, como ya se ha insinuado, los alquimistas gente que solia dormirse á los bordes de los precipicios. No era su intencion destruir el gobierno, pero sí estremecer sus cimientos para adquirir la gloria, y gozar de los beneficios de haberle vuelto á su primera estabilidad. Habian pesado con madurez sus medios, y aplicádolos infatigablemente á útiles propósitos. Tres dias transcurrieron desde las aventuras con que acaba el último capítulo, cuando halló el sol una mañana á nuestros respetados Pedro Facundo y Pedro Gonzaga interrogando á Nicasio Pistaccio acerca de ciertos pasos del tempestuoso general Landesa.

— ¿Pero manifiesta en efecto el ge-

neral, preguntó el primer alquimista, síntomas de sospechosa conducta?

— Sí, señor respetadísimo, contestó Pistaccio. Ayer mismo le dijo furiosamente á Tragalobos que haria de esta casa una Troya si no se le entregaba su Elena.

— ¡Tenga cuenta con nuestros Héctores! esclamó friamente el alquimista. Mas le valiera acordarse de que no es invulnerable como Aquiles.

— Pero si no es Aquiles, *serasumiglia piú che 'l diavolo al suo figliulo*; no hay cosa desesperada de que no sea capaz su excelencia.

— Su impetuosidad es nuestra mejor arma contra él. Nuestros proyectos no ha de destruirlos nadie. Deseo oir la opinion de Pedro Gonzaga ó de Pistaccio sobre este asunto.

Pistaccio, viendo que Pedro Gonzaga continuaba silencioso, dijo á media voz por via de consejo: — *Forza un pochetto di sublimato corrosivo...*

— De ningun modo, interrumpió Pe-

dro Facundo, necesitamos de su auxilio por ahora.

— ¿Y no podriamos, preguntó el de la sublimada insinuacion, darle de una vez la muchacha y satisfacer su capricho?

— Mucho menos, replicó Pedro Facundo: el dia en que perdamos á Isabel, perdemos á la marquesa y al general por consiguiente. Siguen aun con ardor en nuestro servicio porque nos necesitan para satisfacer los deseos de la dama. Yo la conozco muy bien. Tiene pasiones mas violentas que la furia de las tempestades. No puede sufrir que la contraríen ni en la cosa mas trivial del mundo. Tengámosla asi entretenida, y capitulemos cuando sea preciso; pero no nos apresuremos. La marquesa se arruinará gustosa por conseguir apoderarse de Isabel. Lográndolo sin trabajo, ¿quién nos asegura que continuará unida á nuestros intereses? Yo leo en su corazon; piensa engañarnos y abandonarnos. Su desercion sería perjudicialísima en la crísis presente.

— Pero por otro lado, preguntó Pis-

taccio, ¿cómo ha de conservarse nuestra aparente amistad con el general negándole lo que pide? ¿y cómo ha de deterse su traicion?

—Pregunta es esa de dificil respuesta, replicó el muy respetable, nutriéndose las narices con un potente polvo de rapé, y sepultándose con sus compañeros en obstinado silencio.

—El único espediente que se me ocurre por ahora, dijo Pedro Gonzaga despues de una larga pausa, es el de entregarle á Isabel sin repugnancia visible, disponiendo al mismo tiempo el modo de volvérsela á robar un momento despues; mas de tal manera, que no sospeche que somos nosotros los raptores. Nos es conocido su carácter. Se atreverá á la muchacha y la insultará al punto en que se vea solo con ella. Un poco de narcótico suministrado oportunamente por su ayuda de cámara, un plan ingenioso, un pañuelo de ella abandonado sobre el sofá, otras señales esternas, le harán creer que se fugó su pupila de motu propio. Ella

misma creerá que va huyendo de la esclavitud hasta verse de nuevo sorprendida por nuestro carcelero. Ademas del ayuda de cámara solos dos criados tiene en la casa. Todos tres son de los nuestros; á todo estan prontos, inclusa la muerte del gefe...

— Queda admitido el proyecto. Luego discutiremos los pormenores, dijo Pedro Facundo.

— Si el general llega á apoderarse de Isabel, observó Pistaccio, que tenia terrífica idea de la proeza personal de su excelencia, no creo que haya hombre ni angel bueno ni malo capaz de sacársela de las garras.

— Otro es mi sentir, concluyó Pedro Facundo con el tono sin apelacion del que por oficio manda. Venga Tragalobos esta tarde á recibir órdenes. Al medio dia determinaremos maduramente las circunstancias accesorias de este nuevo plan. Entonces volveremos á vernos.

Con estas palabras se levantó la sesion.

CAPITULO X.

Introducido por oculta senda,
Callada cuerda al pavellon aplica
Do reposa Isabel.

Don L. F. Moratin.

Dejamos á Cárlos en otra parte de esta historia caminando hácia la quinta del mayor don Lope Graïna Portocarrero. En ella pasó algunos dias de felicidad física y desventura moral. Alberto no habia vuelto aun de la mision que le encomendó nuestro héroe acerca de Tragalobos, quien, segun el testimonio de la tia Rodavallos, se declaró inclinado á favorecer al caballero con nuevas respecto al destino de Isabel. La dilacion de su plenipotenciario mortificaba á Cárlos sobremanera. Habia estudiado mucho á los estóicos; pero séase por defecto de la filosofia ó del filósofo, sufria el azote del destino con tan poca resignacion como el

niño los de su maestro de escuela. Se creía valiente con la espada, pero le faltaba fortaleza para reflexionar á sangre fria sobre la posibilidad de perder á Isabel, aunque todas las circunstancias esternas lo hacian mas que probable. Ni era esta especie de pusilanimidad la sola falta de Cárlos. No se conocia á sí mismo, y era con frecuencia su entendimiento víctima de sus deseos. En un piélago de pasiones se creía tranquilo y dispuesto á cultivar su razon, cuando apenas tenia razon que cultivar. Se pasaba horas enteras en la biblioteca con un libro delante, y lo cerraba y volvia á su lugar sin saber á veces ni aun de qué trataba. Salia á cazar antes de amanecer, y volvia por la noche sin caza por habérsele olvidado la escopeta. Los labradores de la quinta se guiñaban el ojo, compadeciendo entre sí aquel pobre jóven lunático. Por la misteriosa conducta de Cárlos y el secreto que se les habia encargado, pensaban los campucinos que sería hijo no reconocido de alguno de los caballeros de Grañina, y

que por su imbecilidad le tendrian asi en el campo. Todos le amaban, empero, por su gentileza y afable conducta. Por las noches salia tambien á tomar el fresco y á gozar de su abstraccion y varias contemplaciones. El sol oculta con su luz las maravillas de la creacion que la noche descubre. Las innumerables y argentadas luces que oscilan en la bóveda celeste, aquella banda peregrina que desciende del norte al ocaso por entre el brillante orion y los unidos gemelos, millones de soles y millones de mundos, girando á distancias inconcebibles en fúlgidas órbitas con otros soles y otros mundos, eslabones de aquel eterno sistema de que nuestro sol y nuestro mundo, nuestros luceros y crinados cometas no son todos juntos mas que un átomo, flotan perdidos por el espacio, pero una fuerza invisible los encadena y da armonía á su movimiento. ¿Adónde yacen los términos de tantos mundos? ¿adónde empiezan las regiones espantosas de la nada? ¿Para qué sirve la naturaleza? ¿de dónde la

tenacidad de todas las especies para conservarse?

Ya el lector benigno habrá inferido que estas mismas preguntas hechas en voz alta y en público hubieran dado con el preguntante en una casa de orates. Algunos truenos lejanos, y mas que ellos, un hombre que le preguntaba por la quinta del señor de Grañina, despertaron, por decirlo asi, á nuestro investigador. Antes que acabase de dar la esplicacion que se le pedia, le asió de las manos el campucino felicitándose con gozosas palabras de haberle hallado tan pronto. Reconoció Cárlos en este afectuoso conocido á aquel Chato antes nombrado en esta historia, y le saludó como á presuntivo mensagero de importantes nuevas. Chato se confesó, en efecto, heraldo de felicidades, y pidió al caballero lo siguiese sin tardanza, añadiendo que venia autorizado por Tragalobos. Exhibió por via de credenciales la banda de la gitana confiada por Cárlos á Alberto; y ligerísimamente atravesáron ambos encontrados cerca de una

legua de tierra. Llegaron á una arboleda poco distante de los muros de Sevilla, adonde pidió Chato al caballero esperase fijamente su vuelta.

Sería la media noche cuando quedó nuestro solitario en el umbroso olivar. —¿Y por qué no habrá venido Alberto?... pensaba entre sí. ¿Cuándo veré á mi Isabel?... Este pensamiento le atrajo otros mil que hubieran engendrado otros, á no ser por algunas ráfagas de tormentoso viento, y una abundante lluvia que empezó á caer súbitamente. Ocupaba el caballero una especie de hondonada, que tuvo que abandonar por haberla llenado de agua dos ó tres pequeñas corrientes. Al buscar con vago paso sitio mas cómodo, llegó á una especie de colina de las que los escombros de templos ó edificios moriscos han solido formar en muchas partes de España. Subió á su cima, y no obstante la impenetrable oscuridad de la noche, anduvo algunos pasos para mejorar de sitio, tentando con la espada el lugar adonde ponia los pies. No le bastó

esta precaucion. Tembló el suelo bajo sus pies, cedió de repente, y cayó dos ó tres varas mas abajo de su nivel primitivo. La fetidez que emponzoñaba el aire de aquella oscura sima hubiera sido insufrible para constitucion mas débil. Se levantó Cárlos envuelto en el polvo sofocador de los demolidos fragmentos, y marchó precipitadamente en busca de otra atmósfera mas pura. A pocos pasos, la respiracion y movimiento de algun ente animado llamó su atencion, y no bien hubo sacado la espada, cuando le atacó un animal tan grande ó mayor que un perro de presa. Los ojos de la fiera lucian por entre las densas sombras de la noche, y una casualidad afortunada descubrió sus movimientos. Multitud de fosfóricas momentáneas luces resplandecieron al rededor, encendidas probablemente por el aire á que dió entrada la reciente ruina. Se retiró el lobo de las luces y lustrosa espada, hizo algunos amagos para lanzarse sobre su adversario, pero al verse atacado huyó dando largos alaridos.

Libre de este riesgo, hizo nuevos esfuerzos para salir de las ruinas. Siguió adelante. Ya se habian consumido las luces fosfóricas. Continuó sin embargo hasta tropezar y caer sobre una cosa blanda. Al levantarse puso la mano sobre una pierna humana separada del cuerpo. Se llenó de horror. Separó el brazo en direccion opuesta, y se detuvo entonces su mano en la cavidad de una boca fria. —¡Horrorosa suerte te cupo! esclamó Cárlos lleno de helado sudor el cuerpo. ¡Asi sirves de alimento á las fieras!

Sobre el insepulto cadáver del jóven que murió á manos de Landesa habia caido Cárlos. Se levantó agitadísimo, y con ayuda de su espada logró volver á subir á la cumbre de las ruinas. La tormenta continuaba. Creyó Cárlos, sin embargo, oir su nombre repetido por el aire; reconoció la voz de Chato; bajó de su eminencia; y algunos instantes despues se le juntó el dicho guia acompañado de Alberto, que lo abrazó afectuosamente y dió al cielo gracias por haberle vuel-

to á sus brazos. Chato, que estaba dotado de sagacidad poco comun, no tardó en echar de ver cierta compostura forzada en los modales de Cárlos, y le preguntó la causa.

—Vengo horrorizado, contestó, del tacto de un cadáver que estan ahí junto devorando las fieras.

Desmayó Alberto al oir esta noticia, y se acercó mas á Cárlos. Chato dijo:—¿Y qué mayor fortuna que la de morirse? Yo vi el cuerpo á la sombra hace dos ó tres dias. Ni un maravedí en el bolsillo; pero la espada era muy buena, y me la trage, considerando que de nada le podia servir á un muerto, que ni aun en vida supo usarla. Me parece que conozco la mano que le atravesó el pecho. Ya está libre de penas; pero apretemos el paso, que nuestros negocios nos importan mas que los suyos.

—¿Y cuáles son nuestros negocios? preguntó Cárlos. ¿Adónde vamos?

—No puedo responder esactamente, contestó Chato entre mil ásperas corte-

sías, pero si podemos conseguirlo, verá usted una personita que le interesa mucho, segun dicen. Ya su señoría sabe de quién hablo.

Continuaron nuestros aventureros nocturnos con velocísimo paso hácia los muros de Sevilla. Pasaron por junto á la puerta de Carmona, y del ángulo de un torreon hallaron suspendida una cuerda, por la que subieron á la muralla y entraron en la ciudad. Atravesaron sin hablar una palabra muchas oscuras, estrechas, tortuosas y mal empedradas callejuelas, que serpeando en intrincados laberintos, los condugeron á un espacio abierto estendido y pantanoso, con tal cual robusto árbol cubierto de follage. Las nubes, que les habian dado una corta tregua, empezaron á deshacerse en torrentes de agua al instante que entraron en esta tenebrosa llanura. A la pálida luz de los relámpagos guiaba Chato ligeramente la vanguardia, y dirigia el movimiento de los otros dos jóvenes. Les llegaba á la rodilla el agua del pantano, que agitada

por la lluvia parecia chispear tristemente en derredor. Mas de doscientas varas de este miserable camino habian pasado, cuando á través de las líneas oblicuas de los aguaceros se distinguió una luz distante. Al aproximarse á ella vieron levantarse de las tinieblas las confusas formas de un gigantesco edificio. Le circuían altas torres, cuyas almenas ocultaba la noche. Se dirigió Chato al edificio, y doblando una de sus esquinas, hizo alto junto á una pequeña portezuela, cubierta por dos soberbias columnas de piedra. —Espèren ustedes aqui un poquito, dijo, y desapareció sin grande ceremonia. Pocos minutos pasaron, cuando ya estaba de vuelta con una linterna sorda, cuya luz pasó por el semblante de Cárlos. Viendo que no hallaba indicacion alguna de falta de ánimo, ocultó la luz, puso una llave á la cerradura de la puerta, y entró seguido de Cárlos y Alberto en un estrechísimo pasage, que atravesado por otros muchos, guiaba en complicadas curvas hácia el lado opuesto del

edificio. Llegaron por este pasage á diez ó doce escalones de madera tan diestramente embutidos en la pared, que hubiera sido imposible hallarlos sin prévio conocimiento. Subió Cárlos por ellos, y pidió Chato á Alberto se quedase alli oculto hasta que volvieran. Pero Alberto estaba poseido de terror, y apenas bastaron súplicas para hacerle condescender. Al fin se resolvió á servir á su amigo, y quedó solo, repitiendo para fortificar el ánimo las letanías de los santos. Permaneció, pues, de puesto avanzado, mientras Chato y el caballero subian por una escalera de mano fija y vertical que los condujo á un abierto y espacioso nicho. Entre dorados relieves y entalladuras representaban cinco abultadas imágenes el martirio de san Andrés. La luz de la linterna que Chato llevaba en la boca los guió en este ascenso. Corriendo una cortina de seda verde que velaba las efigies, multitud de columnas, altares y sepulcros aparecieron en temerosa grandeza ante los ojos de ambos espectadores. Una so-

litaria lámpara ardiendo en el centro de la iglesia hacia su oscuridad mas visible. — Haga V. S. el favor de dejar aqui sus zapatos, dijo Chato, y acuérdese de que quedan junto á los talones de san Andrés; si el cielo permite que volvamos con nuestros huesos y pellejo, los hallaremos en el mismo sitio. Y quitándose tambien los suyos para evitar el ruido, indicó á Cárlos una facil bajada á las naves de la iglesia, diciendo entre dientes: — Mucho me temo qne sea ya demasiado tarde. Atravesada la iglesia, llegaron á un solitario sepulcro, asió Chato las argollas de bronce de la urna, levantó facilmente una especie de cubierta de mármol que en fuertes é invisibles goznes descansaba, y dejándola entreabierta, bajaron por una cómoda escalera á los subterráneos del templo. En ellos estaban las catacumbas, ó pacíficas mansiones de los muertos, convertidas despues por el furor ciego del fanatismo en morada de lágrimas y desolacion. La luz escasa de la linterna, disipada por entre los ámbitos espaciosos

del subterráneo, multiplicaba con sus reflejos las tristes alegorías de los cenotafios y túmulos, cuyas sombras se prolongaban por el negro embaldosado en que imitaba calaveras y huesos una especie de luctual mosáico. Ya cerca del otro lado de las catacumbas se estendió súbitamente la luz de la linterna, se contrajo de nuevo, y quedó al punto apagada.—La suerte es adversa, esclamó Chato en ahogados acentos. Permanezca usted aqui, señor caballero. Si adelanta ú atrasa un solo paso todo está perdido. Tal vez oirá usted luego voces humanas no lejos de este punto. Siga su sonido, pero ármese de valor y fortaleza; no despliegue los labios, oiga lo que oiga. Una palabra suya, una respiracion de su voz traerá sin duda desastres sobre la persona que mas ama, y usted no volverá nunca á ver la luz del sol. El silencio lo coronará tal vez de ventura. Estamos en las cavernas del tigre, en el reino de la muerte. Dios le guarde. Un instante despues ya no se oía su cauteloso paso.

Apenas quedó el caballero abandonado entre las solitarias tinieblas de aquella mansion triste, cuando llegó á sus oidos el eco de un paso lento y leve, cual pudiera imaginarse el de un espíritu emancipado ya de la carne. Se erizaron los cabellos de Cárlos, y parecia helársele en las venas la sangre. Dudó si desnudaria la espada, cuando le asió el brazo una mano dotada de supernatural fuerza. Levantó en silencio la suya contra el estraño, pero inmediatamente se apoderó de ella otra mano, fria como el mármol de las tumbas, y bañada del sudor helado de la huesa. — ¡En el nombre de Dios! esclamó el caballero: hombre ó espíritu, ¿qué quieres? Solo le contestaban prolongados gemidos. ¡Habla, dijo el caballero con mayor confianza. — No me abandones, Cárlos, ó moriré de temor, contestó Alberto, que poseido de un terrible terror pánico, no tuvo osadía para quedarse solo, y siguió tambien descalzo y desde lejos los pasos de su amigo. Cárlos, siendo inútil reconvenirlo por

una falta que ya no podia remediarse, lo consoló con algunas palabras, y quedaron juntos en silencio. De alli á poco oyó resonar por entre las tumbas los goznes de no muy lejanas puertas, y quiso aproxsimarse hácia el sitio de donde venia el ruido; pero todo quedó al punto sepultado en silencio profundo. A los pocos minutos se oyó cierto desmayado rumor de voces, cuya direccion siguió Cárlos. Se oían mas claramente al disminuirse la distancia, y el corazon apenas le cabia en el pecho cuando llegó á convencerse de que salian las palabras de los labios de Isabel. Llegó al no visto punto de donde el murmullo emanaba; en la línea mas directa que la frecuente interrupcion de los monumentos le permitia, y ya en contacto con una puerta, fijó la vista en el agujero de la llave.

A la diestra mano de un dilatado apartamento vió un altar de nuestra Señora, sobre el que ardian dos velas. Un sillon de brazos, puesto junto á la puerta, ocultaba gran parte del salon, y su

espaldar á la persona que le ocupaba. ¿Mas cómo pudiera Cárlos equívocar aquella voz? El general Landesa estaba junto al sillon, con la mano derecha descansando en el espaldar y el cuerpo inclinado cortesmente. Chato, vestido de una especie de librea, y disfrazado de modo que solo el penetrante ojo de Cárlos pudiera reconocerlo, estaba algo detras del general, hácia la puerta por donde nuestro héroe miraba. Otro criado tenia enfrente del sillon una linterna en la mano y un grande manojo de llaves.

—Protesto delante de los cielos, eran las palabras del general, que no es otro mi fin, señorita, en quererla librar á usted de este confinamiento detestable, que volverla á los brazos de sus parientes ó amigos, y ponerme en el número de ellos. La Santísima imágen que tenemos delante atestigua la pureza de mis intenciones.

—Infinitas gracias, señor, respondió una voz dulcísima, vibrando su ecento en lo mas recóndito del pecho de Cár-

los, infinitas gracias por tantas bondades. Una felonía me atrajo á esta casa, adonde me hallo sin saber por qué prisionera. Deseo ansiosamente mi libertad, pero no quiero debérsela á una fuga indecorosa. Hay en el mundo quien moriria de pesar si supiera que habia yo huido con un estraño. De aqui me sacarán alguna vez por medios lícitos, y á la luz clara del dia. Si asi no sucede, sufriré mis infortunios con paciencia y con resolucion.

—Por Dios, señorita, esclamó el general, no pierda usted estos instantes preciosos en recordar vanos é inoportunos escrúpulos. Mi clase, mis años responden de mi candor y sinceras intenciones. Admiro su virtud de usted, respeto esa delicadeza, y por eso mi deseo ardiente de sacar de los hierros persona tan apreciable. Usted ignora, hermosa niña, las intrigas infernales que se estan formando contra su honor y su vida. No desechе la tabla que le ofrece la Divina Providencia para sacarla del naufragio. Estas ropas la disfrazarán completa y decen-

temente. Déjeselas usted poner sobre los hombros...

—¡Jamas! replicó Isabel con enfática y decidida voz. Tengo un protector que conoce á fondo las maquinaciones de mis enemigos; bajo su amparo he gozado de seguridad hasta ahora, y aun dentro de este mismo calabozo; por su poder espero librarme de él honrosamente. Con él nada me intimida.

—¿Y quién puede ser ese patron dichoso en quien tanta confianza tiene? ¿Quién sino yo podrá sacarla de entre las manos de sus enemigos?

—¡Dios! replicó Isabel con la misma firmeza y entusiasmo.

Apenas podia ya el general reprimir su carácter impetuoso. Quiso apoderarse de la mano de Isabel, pero le hizo retroceder una fija y altiva mirada de la heroina. Recobró empero su serenidad, y pidió á Isabel que le siguiese.—¿Me veré obligado, dijo al fin impacientísimo, á volverle á usted su libertad compulsivamente, mal grado suyo? Sígame usted,

señorita; no perdamos estos preciosos momentos.

—No espero, contestó Isabel con noble compostura, que use contra una débil muger de su fuerza un caballero español. Si lo intentara agotaria yo la mia pidiendo ayuda, y resistiendo hasta no poder mas tan vergonzosa violencia.

—No permita Dios, señorita, contestó el general apartándose un poco del sillon, que jamas mancille mis pensamientos accion tan fea. Mis deseos son francos y honrôsos. Consulte usted sus circunstancias consigo misma, y decida. Veinte y cuatro horas tiene usted de término. Mañana á la noche repetiré mi visita, y obedeceré sus órdenes de usted, sean las que sean. Dios quede con usted. Salió el general del cuarto con bien fingidas demostraciones de consideracion y ternura, seguido por el criado y Chato, quien préviamente enseñó á Isabel, de modo que tambien lo viera Cárlos, un pedazo de papel que dejó oculto bajo el lio de ropa destinado para el disfraz.

Tan pronto como se cerró la puerta, Isabel, hasta aqui tan fuerte y altiva, se reclinó sobre uno de los brazos del sillon, y empezó á llorar amargamente. Cuando sus aprensiones se habian en parte resuelto en lágrimas, se arrodilló delante de la Vírgen implorando su socorro.

Habia presenciado Cárlos esta escena con indescribible agonía. Mil veces hubiera hablado, á no ser por el convencimiento de que solo podia resultar de sus palabras mal para Isabel. Temia despues pronunciar voz alguna, no fuera que su inesperado acento causase impresion demasiado profunda á la amada prisionera; pero al oir que ésta pedia por él en su ferviente plegaria, no pudo resistir por mas tiempo, y suavemente pronunció el nombre de Isabel. Volvió ella la cabeza hácia la puerta en absoluta maravilla, y oyó entonces las palabras: "Isabel, amor mio, levántate." Indiferente, empero, á aquella súplica, recobró su posicion primera y siguió el rezo.

Y levantándose luego súbitamente se

dirigió como fuera de sí hácia la puerta de donde la voz salia. —Toma, bien mio, el papel que está dentro de esas ropas, esclamó Cárlos con vehemencia: léelo, Isabel, sin dilacion alguna.

Obedeció Isabel en presuroso silencio, y leyó estas palabras: "Disfrácese usted al punto con esa sotana y manteo. Abra la puerta á la izquierda de la Vírgen. En el lio hallará la llave. Queme este papel. Salga con una vela del altar por la puerta, y ciérrela luego con la misma llave. Alli verá dos amigos. Huya con uno, y que vuelva el otro á la iglesia y cierre todas las puertas y tape la urna del sepulcro. Si algo queda abierto se sabrá por dónde se han ido, serán perseguidos y cogidos de cierto. El que cierre por dentro las puertas puede ocultarse en un confesonario hasta mañana, y salir por las puertas de la iglesia. Valor, y no pierda usted tiempo." Con trémula mano tomó Isabel la llave, abrió la puerta, y Cárlos y Alberto estaban al punto á su lado.

Recobró Cárlos la natural energía. Estrechó á Isabel á su seno, enjugó sus lágrimas con ardiente labio... le arrojó por los hombros la túnica y manteo, y dando á Alberto una de las velas, llevó á Isabel por entre aquellos monumentos fúnebres en busca de una salida. El amor facilitó su camino. Salieron del sepulcro al dar la cuarta hora de la mañana el reloj de la misma iglesia. — ¡Valor, Isabel mia! ¡marchemos con paso firme! — ¿Qué ruido es ese? dijo Alberto; pero el silencio no se había interrumpido. Llegaron al nicho de san Andrés, pasaron los corredores... y al fin salió Cárlos al aire libre con su dulce Isabel, y le dió la amistad ánimo á Alberto para cerrar las puertas segun la instruccion de Chato.

FIN DEL TOMO TERCERO.

Se suscribe á esta *Coleccion* en Madrid en la librería de *Escamilla*, á 6 rs. tomo en rústica y 8 en pasta, y á 7 en las provincias en rústica.